BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

LA NUEVA RAZA

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

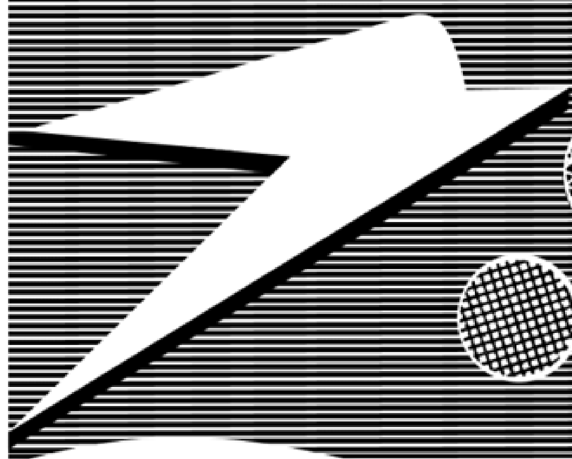
la conquista del ESPACIO

LA NUEVA RAZA

marcus sidereo

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO

LA NUEVA RAZA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 178

Publicación semanal

Aparece los VIERNEs



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 44.536 – 1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: ENERO, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. *A*.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

173 — Las montañas movedizas - *J. Chandley*.

174 — Mutación - *Curtis Garland*.

175 — Hombres-L - *Glenn Parrish*.

176 — El planeta de los árboles vivientes - *J. Chandley*.

177 — Las espadas del cosmos - *Curtis Garland*.

CAPITULO PRIMERO

La antimateria produjo la reacción en cadena y originó la undécima destrucción parcial de la VII Galaxia.

Miles de pequeños mundos se desintegraron sin que sus hipotéticos habitantes, o criaturas de las especies más remotas, pudiesen hacer nada por sobrevivir.

Otros planetas más adelantados, con buenos sistemas de seguridad como Taso, pudieron prever la catástrofe y la mayoría de sus moradores tuvo ocasión de emigrar al satélite artificial en las fronteras de la VII Galaxia.

Los sistemas de grandes naves impulsadas por rayos, todavía en período de estudio, permitieron el rápido desplazamiento, pero la mayoría de esos vehículos, incapaces de ser albergados en Nueva-Taso, tuvieron que ser destruidos. Algunos quedaron flotando en el espacio hasta ser alcanzados por la antimateria.

El gigantesco y trágico espectáculo de las continuas explosiones fue registrado por las pantallas de los laboratorios, y quienes fueron testigos del suceso jamás lo olvidarían.

Potentes telescopios aproximaban las escenas en que la materia quedaba descompuesta al instante. Enormes masas de órganos con vida propia formaban inmensos bloques que se transformaban continuamente.

—La transformación de la materia —dijo el Coordinador, con la mirada puesta en la dantesca visión.

El espacio entero parecía hervir.

Repentinamente las masas se enfriaban y parecían volatizarse en contados segundos.

Nuevas explosiones quedaban registradas en los detectores del laboratorio y aquella guerra entre materias que nadie había provocado, seguía su curso destructivo.

Extrañas criaturas, seres deformes de formas horripilantes se componían y descomponían en un continuo flotar.

—¡Es extraordinario! —exclamaba el jefe de los científicos—.

Materia viva, indestructible.

—¡Espantoso! —opinó el Coordinador—. Habría que hacer algo por estos seres.

—Yo lo veo de otra manera, querido Coordinador. No importa la forma de vida, lo que cuenta es la vida misma, su origen... Materia que se transforma pero que sigue viviendo.

Y allá y acá, nuevas destrucciones, masas gaseosas o compactas formándose y deformándose, materia sobre materia, llamas e impactos que la lejanía impedía hacer llegar el ruido atronador, registrado únicamente por los computadores de decibelios.

Los humanoides de Nueva-Taso se habían acomodado ya en los alargados barracones donde cada familia disponía de su parcela, cómodamente instalada.

Cada ser podía seguir igualmente la evolución de lo que ocurría a larga distancia, pero que a la vez era como si sucediese allí mismo.

Las últimas naves llegaron a los hangares antes de que Taso fuera alcanzado por los elementos destructores.

Una nueva vida comenzaba, mientras otras se extinguían o se transformaban, y en medio del caos de la VII Galaxia apareció la extraña nave de materia indetectable.

Las pantallas registraron la llegada de un diminuto vehículo del que primero surgió una forma humana con aspecto de hembra. Tras ella apareció un hombre.

El jefe de campo fue a su encuentro, y a distancia, en el laboratorio, alguien siguiendo la escena informó:

—Es curioso. Algo debe funcionar mal, porque su llegada no ha sido registrada.

El encargado del departamento de registros aseguró que los aparatos funcionaban a la perfección.

—No proceden de nuestro habitáculo. Habrá que avisar a Relaciones Externas.

Los recién llegados estaban siendo atendidos por el jefe del campo.

El extraño bólido, que en su apariencia daba la sensación de ser

enteramente neumático y transparente por completo, se había posado sobre el suelo con absoluta facilidad.

El hombre quitóse la máscara que ocultaba por completo su rostro y se presentó.

—Deseo ser acogido. Soy el profesor War.

La mujer se quitó igualmente la máscara, dejando al descubierto un bello rostro.

El jefe de misiones especiales, de aspecto joven, clavó la mirada en la hembra, que se la devolvió primero con gravedad, para luego esbozar una sugestiva sonrisa.

Para Loto, jefe de las misiones especiales, aquélla era la hembra más hermosa que había visto en su vida y su contorno era idéntico al de las de su habitáculo, con la excepción de que las líneas eran mucho más armoniosas, más perfectas.

—Es mi colega —presentó War.

—Bien venidos... ¿De dónde proceden? —preguntó el jefe del campo.

—De muy lejos —fue la lacónica respuesta del profesor.

Los ojos de aquel hombre tenían un brillo extraño. Parecía concentrado en sí mismo. La total ausencia de su aspecto contrastaba sin embargo con la vivacidad de sus gestos, con la inteligencia despierta que emanaba de todo su ser.

Nadie supo jamás el origen exacto de aquellos dos seres que llegaran en la larga noche de la undécima destrucción.

Simplemente quedaron registrados sus nombres: War y Alda. Nada más. Sin embargo, su presencia en Nueva- Taso marcaría una época de profunda trascendencia...

CAPITULO II

El Consejo de los Veinticuatro estaba reunido.

Cada período determinado por el Gran Control tenía lugar la junta para la coordinación de las necesidades del habitáculo.

Entre los Veinticuatro se hallaba representada la ciencia, la fuerza, las misiones exteriores y las relaciones. Todos bajo el control del Coordinador general y la supervisión de Gran Control, que por medio de las resoluciones sometidas en la junta dictaba por un nuevo sistema de proceso de datos, el veredicto sobre las decisiones tomadas.

El Gran Control era el orgullo del Consejo. Una máquina perfecta e infalible que permitía una absoluta infalibilidad en las normas adoptadas.

War formaba parte del Consejo. En el poco tiempo que llevaba en Nueva-Taso había demostrado suficientemente su valía, colaborando con ventaja con los cerebros del país, mostrándoles nuevos métodos para los adelantos que se creaban en bien de la comunidad, y aportando conocimientos inéditos de su procedencia.

Trabajar con War, al decir de los científicos, era seguir aprendiendo de una maravillosa manera.

Su ficha, que poseía como el resto de los miembros y que servía para someter sus pareceres al Gran Control, no tenía ni una sola enmienda y alguien llegó a decir del «extranjero», que ya todos consideraban como nacido en el propio habitáculo, que War era tan infalible como la máquina.

Únicamente el Gran Control había utilizado por primera vez un asterisco al lado de sus respuestas aprobatorias.

El asterisco, aunque programado, era insólito, ya que su aparición en la ficha sólo tenía una acepción cuya traducción era ésta: «Materia Extraña».

Se aceptaba que el origen del sabio profesor fuera la causa de la aparición del asterisco, y sometida posteriormente la cartulina a la averiguación del índice de seguridad, el Gran Control no hizo la menor objeción. Por lo tanto War, aun siendo «Materia Extraña», no ofrecía el menor peligro para la convivencia de los seres del habitáculo.

Como en las anteriores reuniones a que había asistido desde que se le concedió el honor de figurar entre los científicos-jefe del lugar, War permanecía callado, abstraído, como pensando, y sólo hablaba

cuando le tocaba el turno de exponer algo importante.

A veces se levantaba para pedir la palabra. Se disculpaba casi siempre con estas palabras:

—He dejado algo importante. Lo siento. Aquí ya no podría ayudarles.

Y concedido que le era el permiso para dejar la sala redonda del Consejo de los Veinticuatro, salía rápidamente y se instalaba en el laboratorio privado que le había sido asignado, como a todos los miembros de la parte técnico-científica.

En esa última ocasión y estando presente en ella Loto, como jefe de las pruebas y exploraciones especiales, se estaba discutiendo la creación de un laboratorio de gran capacidad, a modo de satélite artificial para analizar la atmósfera tras la todavía reciente debacle del Cosmos.

El profesor Landro tenía la palabra:

—Hemos probado con éxito el depurador de materia. Sabemos que los agentes atmosféricos sufren contaminación progresiva, especialmente a causa de las partículas de materia que pululan. Desde el laboratorio será perfectamente factible neutralizar toda impureza. Mi equipo está dispuesto a proceder a la instalación en cuanto el Consejo lo apruebe.

—¿Qué opina de esto, profesor War? —preguntó el encargado de la Seguridad Espacial.

War, como siempre, permanecía abstraído.

—Profesor War —llamó el Coordinador con suavidad.

War se puso en pie como un autómata y replicó:

—Sí... Sí... Comprendo —pero aquella respuesta no tenía nada que ver con la pregunta que acababan de formularle. Parecía como si hablase de otra persona.

Siguiendo en la misma abstracción, añadió:

—¡Laber! Eso es... —y se dispuso a abandonar la sala murmurando.

—Adelante con el laboratorio.

Esta vez ni siquiera había pedido permiso. Simplemente

corroboró el plan de su colega, pero tras de sí dejó la sensación de que estaba pensando en un proyecto ajeno a lo que se estaba hablando en el Gran Consejo.

Loto se incorporó a su vez, mirando hacia la salida que acababa de cruzar el profesor War.

—Si se me permite... Yo no tengo nada que decir.

El Coordinador accedió a que Loto abandonara el Consejo; y tan pronto como lo hubo hecho, el joven se dispuso a seguir los pasos de War.

Aparte de su curiosidad natural por la característica forma de proceder del profesor, Loto pensaba también en la mujer que había llegado con el extranjero.

¿Hija suya? ¿Esposa? ¿Compañera? ¿Colega?

War hablaba poco de ella. Cuando le preguntaron si se trataba de su hija, sonrió y murmuró:

—*Bueno, sí. Algo así.*

No era costumbre en el habitáculo inferir en asuntos privados y por ello nadie profundizó en el parentesco o grado de unión entre los dos seres.

Para Loto el asunto tenía una importancia más simple. Deseaba ver a la hembra que raras veces salía del reservado de War, donde además del laboratorio privado tenía la vivienda que le había sido asignada.

War, para desplazarse, utilizó la pista deslizante común que comunicaba la sede del Consejo con las viviendas de los miembros.

Para entendemos, la pista deslizante era una especie de moqueta lisa a nivel del suelo. Una ancha cinta sin fin que, mediante la conexión de un control remoto, transportaba a grandes velocidades a quienes la utilizaban para los desplazamientos.

Loto guardó una prudente distancia y se apresuró a seguir a War, que no tardó en dirigirse hacia su estudio- residencia, que era a la vez laboratorio privado y reservado de trabajo. El nombre utilizado era H-7.

El piloto y jefe de los Servicios y Vuelos Especiales,

Loto, se introdujo en el reservado de War venciendo el sentimiento de culpabilidad que le producía el convertirse en espía por su propia cuenta.

Tras el corredor se hallaba la estancia principal o de descanso del reservado.

Loto se quedó junto a la puerta, tras la plancha traslúcida que le escondía de los ocupantes del reservado, pero sin embargo le permitía oír, y ver incluso si se asomaba ligeramente. Y Loto, naturalmente, se asomó. Deseaba ver a Alda.

Ella estaba allí, sentada en el taburete de la mesa de apuntes, hermosa, erguida, con aquellos ojos fascinantes, de un brillo especial.

—Lo has conseguido, Alda. Tu comunicación me ha llegado perfecta —decía War, admirado.

—¿Me has captado? —preguntó ella.

—Con toda nitidez. Ahora sé que nunca estaremos separados.

—Eso me alegra, War. Ya soy uno de los vuestros… —la voz de la muchacha sonaba cálida, feliz.

—¡Los nuestros! —suspiró War—. Quién sabe… Quizá yo sea el único superviviente… Bueno, quiero decir… nosotros —rectificó War.

—¡El mensaje, War! —exclamó ella—. Lo he captado… Lo he captado por el control…

—¡Laber! —murmuró el profesor, concentrándose.

—Eso es lo que he percibido. Alguien me ha dado la clave a través del cerebro transmisor. Estoy segura.

—¡Vamos a comprobarlo! —repuso War.

Loto no entendía nada.

Acaso lo que acababa de oír podía significar que War y la joven podían comunicarse a distancia, a través de… las ondas cerebrales.

Intrigado, les siguió hasta el umbral que separaba la sala de descanso del departamento de estudios.

Allí tuvo ocasión de comprobar algo realmente sorprendente…

CAPITULO III

Lo que Alda nombró como «cerebro transmisor» era un detector ultrasónico para captar mensajes espaciales.

Era ni más ni menos que uno de los aparatos corrientes de que disponía cada científico o jefe de grupo para estar al corriente de lo que pudiera ocurrir en la órbita del planeta o del satélite.

Un intermitente especial se ponía en marcha cuando ocurría algo de interés general.

Loto pudo comprobar que el intermitente estaba en marcha, pero ni War ni Alda hicieron nada para comprobar con las fichas correspondientes de qué trataba el mensaje. Se limitaban a «ver» simplemente y a concentrarse.

Permanecieron silenciosos durante algún tiempo, hasta que Alda interrumpió la larga pausa para preguntar:

—Captas lo mismo que yo, ¿verdad?

—Sí. Laber… Pero no dice más…

—Pensé que tú podrías… percibir algo distinto, ampliado.

—No. Es inútil. Sólo se repite la misma palabra: «Laber… Laber…»

—¿Qué significa? ¿Una contraseña?

—No… Más bien el nombre de algún lugar, pero tiene que ser muy lejano. En una Galaxia desconocida, pero no hay duda de que es alguien de los nuestros…

—Puede que hayan logrado salvarse unos cuantos… ¡O quizá todos! Sería maravilloso —la voz de Alda sonaba nuevamente entusiasmada.

—No sé…

—Pero… intentaremos hacer algo, ¿verdad?

—Es difícil. La gente de este habitáculo está muy atrasada respecto a nosotros. Carecen de medios. Hay inteligencia, pero falla la materia prima…

Luego, como si se concentrara otra vez en sí mismo, repitió:

—Laber… Es curioso… No teníamos registrado ningún lugar con ese nombre, ni nadie se llamaba así… ¿Qué es Laber?

El zumbido que marcaba la hora del refrigerio hizo volver la cabeza a Alda, que con ojos sorprendidos descubrió a Loto.

El piloto y jefe de Expediciones y Viajes Especiales se excusó.

—Lo siento… Quería…, quería advertir de mi presencia, pero… No quisiera que pensaran…

War se había vuelto lentamente y sonrió casi con complacencia.

—No tiene importancia. Ha descubierto usted nuestro pequeño secreto. ¿No es así?

—He oído que hablaban, pero la verdad es que… no he entendido mucho.

—Este es un habitáculo de gente comprensiva, Loto. Usted no es una excepción… Comprenderá que utilice mi propia técnica para averiguar el paradero de los míos… ¿Tiene idea de lo que significa «Laber»?

—No, por supuesto… Pero… , ¿cómo ha captado ese nombre? —preguntó Loto.

—A través de ese magnífico aparato —y señaló el pequeño cerebro transmisor.

—Pero… ustedes no han utilizado las fichas…

—Bueno, Loto —sonrió War—. La verdad es que no necesitamos fichas para captar el mensaje del transmisor…

—¿Quiere decir que…? —Loto no concluyó la frase. La pregunta incluso le parecía absurda, pero la respuesta le confirmó sus sospechas.

—Se lo diré de un modo que pueda comprenderlo rápidamente, y no es que le considere a usted como un ser carente de inteligencia, pero hay cosas que son difíciles de asimilar si no se tiene costumbre. Las explicaciones técnicas en su lenguaje no conducirían a nada. Así pues, digamos que… las ondas cerebrales de ese detector son idénticas a las nuestras.

—O sea, que pueden captar mensajes sin… necesidad de leerlos.

War asintió.

Loto salió perplejo del reservado del profesor extranjero.

* * *

Loto preguntó en los diferentes puestos de control. La respuesta siempre fue la misma:

—Sí. Ha surgido la luz intermitente, pero no hay mensaje.

El último en visitar fue el suyo propio, al cuidado de su ayudante Wifo.

—Introduce una cartulina. Quiero saber qué dice esa luz intermitente.

—Nada —respondió Wifo—. Ya lo he probado. Debe ser una interferencia lejana. No transmite. Capta el sonido, pero no transmite… Aguardemos a que se aproxime.

—No… Introduce la ficha.

—Pero, Loto… Ya te he dicho que…

—¡Haz lo que te digo! —cortó Loto. Quien añadió—: Ahora anota un nombre: Laber.

El ayudante Wifo se encogió de hombros e hizo lo que su superior le ordenaba.

Con el nombre anotado en la ficha, ésta fue introducida en la ranura correspondiente al intermitente.

Tras una breve espera el intermitente dejó de funcionar y apareció una nueva ficha con una sola palabra: «Correcto».

Wifo quedó maravillado.

—¿Cómo sabías que el mensaje era ése?

Loto quedó pensativo pero no dio ninguna respuesta. Por lo pronto había advertido la veracidad de lo que War le había dicho con respecto a sus ondas cerebrales. Acababa de comprobar que el profesor era nada menos que la equivalencia de uno de aquellos detectores. ¡Un prodigio!

* * *

—No... No he hablado con nadie de esto —aseguró Loto a Alda.

Se había visto casi por casualidad, en el gran salón de esparcimiento del satélite-habitáculo.

—Te estaba buscando, ¿sabes? Te estaba buscando porque War cree que... los otros pueden pensar que oculta algún plan secreto, pero no es cierto. War es una excelente persona... Yo soy un producto suyo y lo sé.

—¿Qué quieres decir con que eres un producto suyo? —preguntó Loto, dispuesto a sorprenderse una vez más.

—Es una historia larga de contar. War era un gran especialista. Estaba a punto de descubrir algo que durante millones de años ha sido un completo misterio para todo el Cosmos...

Tras una pausa en la que Loto no la interrumpió en absoluto, ella añadió:

—Se trata del origen de la Vida... De todo lo que crece y se desarrolla. De la materia...

—El origen de la vida...

—Lo tenía ya todo muy avanzado, pero surgió la hecatombe... Pudimos escapar gracias a nuestra nave neutra, porque nos hallábamos de viaje en busca de algo...

—¿Qué buscabais?

—Un planeta.

—¿Cuál?

—Ninguno determinado... El nacimiento de un planeta. Ahora van a nacer algunos, después de la guerra de materias. Se formarán distintas capas, hasta que la materia se consolide... Será una nueva fuente de vida.

Loto quedó pensativo y al fin repuso:

—¿Y todos esos conocimientos que posee War... no pueden ser aplicados aquí?

—No. War dice que no. Vuestro habitáculo carece de medios.

—Alda... La ciencia de War es muy importante... ¿Por qué no habló de todo eso antes? Podría enseñar a sus colegas, nuestros

científicos.

—No es tan fácil, Loto.

—Alda... ¿Tú ayudas a War?

—Lo intento. Todo lo que sé es gracias a él.

—Pero tú... ¿Tú qué significas para él?

—Soy... Soy su producto. Su creación, Loto. No sé si podrás entenderlo.

CAPITULO IV

La puesta en órbita del laboratorio espacial, satélite a su vez del satélite habitado, fue cuestión de escaso tiempo.

Las monturas prefabricadas y el equipo de obreros especializados, expertos en aquella clase de trabajos, consiguieron lo que millones de períodos atrás hubiera constituido un trabajo de *siglos*.

War había pedido permiso para realizar uno de los habituales viajes exploratorios, primeros después de la hecatombe.

Sus razones fueron sinceras. Explicó la verdad de sus conocimientos y su búsqueda de Laber.

El Coordinador le dio toda clase de facilidades.

—Viajará usted con Loto.

El piloto estaba presente, en unión de su ayudante Wifo.

El Coordinador añadió:

—En la nave él será el jefe y responsable de su vida. Su seguridad nos interesa particularmente, profesor War. Somos egoístas. Le queremos para nosotros. Sabemos que aunque consiga dar con los suyos... siempre contaremos con su amistad.

—Por supuesto —repuso War.

Aceptó las condiciones del vuelo y poco después Loto, al frente de la nave, hacía los breves preparativos para la marcha.

Wifo, joven pero ya veterano en vuelos, hizo las comprobaciones pertinentes y War se acomodó como pasajero.

Alda había acudido a la cabina-antesala subterránea para despedirse y desearles buena suerte.

—Hubiese preferido acompañarles, pero no se me ha permitido.

A Loto también le hubiese gustado la compañía de Alda, pero el profesor se apresuró a aclarar:

—He sido yo, Alda. Yo he pedido que no me acompañaras. Estamos en una galaxia distinta.

—Para ti eso no cuenta, War.

—Todo lo desconocido puede ser peligroso si no se analiza antes.

—¿Por qué no utilizáis nuestra nave?

—Por dos razones, Alda. Primera, porque debemos seguir las normas de este habitáculo. Y la segunda razón ya la conoces. Nuestra nave necesita un acoplamiento y todavía no he conseguido dar con él... No olvides que estamos en un lugar distinto al nuestro... No te preocupes. Recibirás mis mensajes.

Ella sonrió.

—Los esperaré impaciente.

La orden de despegue había sido ya dada. Alda se separó de la cabina y Loto se dispuso para el despegue.

Una breve ignición catapultó la nave, que durante unos instantes «rodó» por los aires hasta que Loto decidió hacerse con el control.

—Lo hacemos para ahorrar combustible —explicó

Loto—. Fuera de órbita la nave apenas tiene desgaste. Con la batería que lleva primero nos moriríamos por falta de provisiones antes de que se agotara.

—Observo que es muy rápida. Sólo tiene un defecto. No es neutra —comentó War, mirando los elementales y fáciles controles de la embarcación espacial.

—Hábleme de la suya, War. La he visto un par de veces. No parece complicada.

—No lo es. Se autofabrica el combustible con el aprovechamiento de los gases del espacio.

—¿Gases del espacio?

—Dicho así parece una barbaridad, pero el bólido tiene un dispositivo para absorber la radiactividad y convertirla en energía, pero en esta galaxia carezco de experiencia.

—¿Y el material?

—Muy sutil.

—Parece flexible.

—Lo es.

—¡Increíble!

—Para ustedes, quizá.

—Será muy vulnerable.

—Nada que sea neutro es vulnerable, y además resulta un gran protector contra cualquier ataque.

—¿Lleva armas ofensivas?

—La nave no las necesita en absoluto.

—¿Quiere decir que es a prueba de disparos?

—Exacto, aun con las armas más perfeccionadas. Totalmente invulnerable.

—Tendrá que enseñamos a construirlas —sonrió el piloto.

—Primero habría que encontrar el material. Luego haría falta saber si el sistema de autoprovisión de energía era válido para esta VII Galaxia.

—Pero usted llegó, profesor.

—La antimateria nos guió por una especie de pasadizo invisible.

—¿Cruzaron en medio de los choques?

—Exacto. El resto lo hizo la inercia: luego fuimos atraídos hacia su satélite. Lo demás fue fácil. Para tomar contacto con el suelo no se precisa energía.

Wifo interrumpió la charla para anunciar los datos que el cerebro transmisor anotaba.

—¡Ah! —exclamó el piloto—. Estamos en ruta distinta. Quiere decir que jamás antes de ahora habíamos tomado el sendero que llevamos en este momento.

—¿Conoce muchos senderos? —preguntó War.

—Sí, muchos, pero nunca he encontrado nada especial. Y usted busca algo especial. ¿Verdad, War?

De pronto el profesor quedó pensativo, concentrado en sí mismo. Sus ojos tomaron aquel brillo especial que Loto ya había notado otras

veces.

El intermitente que aportaba los mensajes lejanos volvía a funcionar con insistencia.

Wifo colocó una ficha para conocer la clave del mensaje, pero no lo consiguió.

—¡En blanco! —exclamó el ayudante.

La mirada de Loto estaba fija en el profesor, en la seguridad de que sólo él percibía el mensaje completo.

—¡Laber! —exclamó War en un susurro.

—¿Qué dice ese mensaje, War? —inquirió Loto.

Tras un silencio el profesor exclamó:

—¡Déjeme los mandos. Loto! Ahora ya sé dónde está Laber.

* * *

Loto seguía conduciendo.

—Lo siento, War. No puedo dejar los mandos, ni a usted —le dijo.

A War no le importó. Mentalmente trazaba la ruta dando los datos antes de que cerebro de control los transmitiera.

La ruta era: Destino Laber. Al cerebro le bastaba, pero aun así, War se le anticipaba.

El más incrédulo era Wifo.

—¡Asombroso!

War no hizo el menor caso del halago. Estaba obsesionado con la ruta y la inminente llegada a su destino.

—Ya no podemos estar lejos.

—Es extraño que el intermitente no transmita —comentó Loto.

—Sí —repuso el profesor lacónicamente.

—Pero usted captó el mensaje, profesor. Suponía que en Laber encontraría a su gente.

—Yo no dije tal cosa. Recibí el mensaje, eso es todo.

War hablaba de modo tenso. Ahora todos sus músculos estaban rígidos y seguía pendiente de la pantalla.

—¡Cuidado! —advirtió Wifo, anotando unas advertencias del cerebro de control.

El piloto hizo la comprobación pertinente y desvió la nave.

—¿Qué sucede? —inquirió War.

—Radiactividad. ¿No se da cuenta?

—¿Y qué?

—No podemos arriesgarnos, profesor —advirtió Loto.

—Inténtelo, Loto. Hasta el máximo.

—¡Estamos al máximo! —exclamó Wifo.

—¿No tienen trajes o parapetos especiales? Escudos, o como los llamen.

—Cuando pasa del punto límite nada sirve, profesor —repuso Loto.

Wifo accionaba unos botones y a través de una pantalla, como si mediaran unos lentes de aproximación, apareció la masa de un planeta en ebullición.

—¡Es ahí! —exclamó el profesor, al advertir la imagen. ¡Es lo que andaba buscando!

—¡No podemos acercarnos más!

—Tiene que hacerlo, Loto... ¿No se da cuenta? Ahí está el origen de la vida... ¡De prisa! Quiero ir a este lugar.

—¡No, no!

War había perdido la compostura por primera vez. Apareció fuera de sí, obsesionado con la idea de tomar contacto con el planeta.

—Si no me lleva tendré que tomar los mandos yo —advirtió, y su tono era amenazador.

Wifo permanecía a la expectativa.

—No, profesor. Soy responsable de su vida.

—¿Qué sabe usted de mi vida? —espetó War.

—No puedo hacerlo.

De pronto, War sacó algo de alguna parte. Fue un movimiento rápido, brusco. En sus manos apareció un tubo de unos veinte centímetros de largo.

—¿Qué se propone? —inquirió el piloto.

—Voy a salir de la nave con uno de los prototipos de emergencia.

—No se lo daré, profesor —y Loto pulsó un botón.

—Ya sé lo que ha hecho. Asegurar la puerta de las provisiones... Pero no le servirá de nada —y esgrimió el tubo.

Tras un silencio añadió:

—En nuestro planeta no necesitamos armas ofensivas. Recuerde que se lo dije. Nos basta esto — y pulsó un resorte del tubo.

Rápidamente la nave se impregnó de una especie de humo azulado. Fue sólo una bruma, pero paralizó el movimiento que iba a realizar Wifo, dejándole inmóvil. Tampoco Loto pudo hacer nada para levantarse del asiento.

—Podría ser letal —afirmó el profesor, mostrando el extraño y aparentemente elemental artefacto—, pero yo no soy su enemigo. Necesito llegar a ese planeta y lo haré.

Guardó el cilindro y, sin que nadie pudiera impedírselo, pulsó el botón que quitaba el seguro del apartado donde se guardaban los aparatos para las emergencias.

Lo que necesitaba era un artefacto del tamaño de un cohete individual, provisto de escafandra y automanejable.

El cohete podía desprenderse de la nave por la puerta especial para ello. Tenía la abertura y el cierre automáticos y manejables desde el mismo cohete, precisamente para los casos en que la nave llevara un solo ocupante y se viera precisado a abandonarla.

Antes de partir, War informó:

—No deben preocuparse, pronto recobrarán la libertad de movimientos.

Rápidamente manipuló en los mandos y el cohete o bólido individual pasó a la antecámara de salida.

Momentos más tarde salía despedido al exterior.

Cuando todavía era posible verle a través del visor, Loto recobró el movimiento casi al mismo tiempo que su ayudante.

—¡No podía… mover un solo músculo! —exclamó Wifo.

—Dijo que podía matarnos y le creo… Ojalá su experimento salga bien. Nada podemos hacer por él, pero rondaremos la zona.

Y Loto informó a la base, transmitiendo a través del cerebro.

La respuesta fue la misma que el piloto ya había decidido.

—Permanezca alerta. Informe de todo lo que ocurre, pero no sobrepase el punto límite. No corra riesgos inútiles.

La nave evolucionó rozando siempre la zona límite. El detector señalaba el punto máximo de radiactividad.

Wifo dispuso la pantalla a «toda visión» y a través de ella pudieron ver muy próxima la superficie del planeta, pero lo que más llamó la atención de los dos ocupantes de la nave fue aquel inmenso cráter en ebullición.

De su interior surgía una materia pastosa, producida por diferentes gases en estado de evolución.

—El origen de la vida —murmuró Loto—. No lo comprendo, pero él parecía muy seguro.

—¡Mira, Loto! Ya ha llegado —dijo Wifo, observando cómo War acababa de tocar contacto con el planeta.

Y el profesor comenzó a caminar por aquel extraño mundo del que nadie había oído hablar jamás.

Wifo no salía de su asombro.

—¡Sigue con vida! Es incomprensible. Cualquier ser normal habría perecido mucho antes de tomar contacto.

—El no es un ser normal, Wifo. Pero lo que sus conocimientos y su poder no podrán evitar es tener que quedarse aquí para siempre…

—Es verdad, Loto. ¡Nunca podrá salir de aquí!

CAPITULO V

—Pero, ¿quién ha llamado al profesor? ¿Quién más había en ese planeta? —preguntó confuso el Coordinador.

Junto a él estaban los miembros del Consejo de los Veinticuatro, ahora reducidos a 23 por la ausencia de War.

El piloto y jefe de Misiones Especiales, Loto, se encontraba allí para contestar hasta donde le era posible.

—Nada sé, señores. Excepto ese poder extraordinario de captar mensajes por sí mismo.

Luego añadió que habían permanecido sobrevolando el extraño y desconocido planeta hasta recibir la orden de regreso, cuando War les hubo indicado que seguiría allí.

Loto añadió:

—Sus últimas palabras eran las de un hombre fascinado por un gran descubrimiento. Lo recuerdo perfectamente. Dijo: «Váyanse, váyanse. Esto es trabajo de siglos… Una maravilla… Fantástico…» —Y añadió—: Estaba como extasiado. Es imposible describir su voz.

—El origen de la vida —recitó el Coordinador—. Todos hemos estado hurgando en ello. Pero…, ¿por qué no se nos ha informado? ¿Cuál es el secreto? ¿Qué ha descubierto War?

—Quizá alguien pueda indicárnoslo —advirtió Loto.

Todos le miraron fijamente, esperando que Loto nombrara a la persona capaz de explicar los posibles descubrimientos de War.

—Alda —aclaró él.

—Su hija —apuntó uno de los reunidos.

—No creo que sea su hija. Parece que no pertenecen al mismo mundo. Ella dice simplemente que es «un producto del profesor».

—Hay que buscar a esa *hembra* —adujo el jefe de la Seguridad Planetaria.

—Lo estaba pensando. Si me lo permiten, yo iré a su encuentro. Seguro que War le habrá transmitido algún mensaje. Pueden

comunicarse a distancia, de igual modo que alguien le condujo cerebralmente hacia Laber.

El Coordinador ordenó avisar a la compañera de War.

—Vamos a llamarla.

Uno cuidó de accionar el botón correspondiente al apartado que ocupaba el profesor. Allí estaba la muchacha… O al menos tenía que estar.

La llamada, sin embargo, resultó inútil.

—No contesta.

—Tal vez haya salido —repuso Loto.

—Va provista de su receptor. Intentemos una llamada personal —dijo el Coordinador.

La clave funcionó perfectamente. La luz del cuadro de mandos que indicaba el lanzamiento de la llamada respondió; sin embargo, el zumbido intermitente no fue contestado.

Loto tuvo un presentimiento.

—¡War!

—¿Qué quiere decir?

—¡Intentará reunirse con War! —exclamó el piloto.

—¡Hay que impedirlo! —terció el Coordinador.

—¡Adviertan a la base de despegues! Que impidan la salida a esa hembra —ordenó el encargado de los hangares de llegada y despegue de Nueva-Taso.

Se estableció contacto inmediato, pero los responsables de la base aseguraron que Alda no había aparecido por allí.

—¡Habrá utilizado su propio vehículo! —gritó Loto, recordando la pequeña nave traslúcida, de material aparentemente blanco—. ¡Señores! Esto es muy peligroso. El profesor dijo que necesitaba de pruebas y acoplamientos.

—¡Loto! Intente localizarla —ordenó el Coordinador.

Era justo lo que el piloto deseaba.

Loto salió a escape de la reunión. Su primera visita fue al apartado que la muchacha había compartido con War.

No había nadie.

Buscó alguna referencia, algo que pudiera indicarle el paradero de la muchacha.

Se detuvo frente al cerebro transmisor y comprobó los últimos datos.

En una de las cartulinas surgió la clave;

> «Laber. Necesidad de materia para comprobación. Urgente.»

¿Qué podía significar aquello?

Pulsó el botón del memorizador del cerebro, a de conseguir nuevos datos.

Se repetía únicamente la misma palabra:

> «Laber, Laber…»

A continuación unos signos daban la ruta a seguir. Loto pensó que era la indicación que el profesor había dado a Alda para que ella le siguiese.

Desde el apartado, Loto se puso en contacto con la base.

—Intenten detectar nave neumática. Es urgente.

Recordó que era imposible la detección del artefacto de War, pero en cambio podía ser visto utilizando las pantallas de aproximación.

—Necesito que todo el espacio quede ampliamente Observado. Prioridad absoluta. Comuniquen directamente conmigo. Estaré en camino de la base. Preparen nave rápida. Emergencia, emergencia.

Las sirenas de prioridad sonaron en la base. La nave solicitada por Loto se puso a punto y Wifo, el ayudante, estaba esperando a su jefe para embarcar en el bólido espacial.

Cuando Loto llegó a la base le informaron que no había sido observada la nave que buscaron.

—Comuniquen con nuestro Coordinador. Que busquen por el planeta, mientras yo recorro el espacio. Alda es nuestro único contacto con War.

Wifo esperaba instrucciones, pero Loto tenía un plan determinado.

—Utilizarás una nave. Volaremos por separado, en una operación de cerco. Recibirás instrucciones a través del cerebro transmisor.

—Bien. No me perdería esto por nada.

La operación había comenzado. La nave de Loto fue la primera en partir.

Wifo la siguió a corta distancia y esperó las instrucciones de su jefe.

La búsqueda de la desaparecida Alda estaba ya en marcha…

CAPITULO VI

La llamada de emergencia procedía del laboratorio espacial de anticontaminación. Iba directamente a la base, pero fue captada por Loto en el espacio.

—Wifo —llamó a través del cerebro.

—Sí, Loto. Sigo las instrucciones.

—Tú estás más cerca del laboratorio. Aproxímate y averigua a qué obedece esta llamada.

—Sí, Loto —fue la respuesta.

Wifo desvió levemente su ruta para enfilar hacia donde flotaba el laboratorio espacial.

Loto siguió su curso atisbando por todas las dimensiones de su ruta y atento al cerebro transmisor y a los datos que emitía. Ninguna señal surgió que denotase el rumbo seguido por Alda.

Wifo, entretanto, se aproximaba al laboratorio y pasó el informe:

—Estoy muy cerca. Parece que hay absoluta normalidad.

—Bien. Pasa al interior y comunica lo que haya. No se ha vuelto a recibir ninguna información.

Los seis seres encargados de los trabajos del laboratorio no habían dado señales de vida después del último comunicado de emergencia.

Loto no pensaba que la anomalía pudiese tener ninguna importancia. En todo caso lo interesante sería averiguar el paradero de Alda, que seguía sin ser ni localizada ni detectada.

Loto continuó la ruta que había quedado registrada en el cerebro transmisor y que conducía a Laber, el planeta en evolución.

Seguía atisbando por el espacio cuando el zumbido del cerebro llamó su atención.

Wifo estaba informando:

—«Emergencia, emergencia…» «Llamada especial…» «Peligro, peligro…» —repitió el cerebro a través de la ficha.

—¡Habla Wifo! ¿Qué sucede en el laboratorio? —inquirió Loto.

Wifo vagaba con su nave por el túnel de entrada al hangar. Todos los controles funcionaban perfectamente, pero a través del material transparente que delimitaba las distintas secciones no se veía a un solo ser viviente.

—Loto, Loto… Aquí no hay nadie —informó su ayudante—. El laboratorio está vacío.

—¡Imposible!

—Es verdad, Loto. ¿Quieres que salga a investigar?

—Sí, Wifo, sal e informa en seguida.

En la nave, Loto recibió otro comunicado de la base recabando información sobre el laboratorio.

—Wifo está en ello. Le he dado orden de averiguar lo que ocurre. Parece que no hay nadie.

Wifo había posado la nave en el lugar conveniente y la abandonó para recorrer el laboratorio, donde reinaba el más absoluto de los silencios.

Loto estaba a la espera de noticias.

Wifo comenzó a pasear entre las mamparas transparentes, a través de cuyas paredes podía ver los lugares de trabajo de los científicos, pero no había ni la menor señal de vida.

Se quitó la escafandra protectora y echó mano de una de las armas de que era portador: la más efectiva, denominada «Cargador de células».

Bastaba pulsar la palanca para que las células mortales buscaran el objetivo fijado.

Sin embargo, Wifo no encontró ningún enemigo en el laboratorio espacial.

Regresó al hangar y observó las dos naves que reposaban cerca de la suya. Todo estaba intacto.

—Es extraño —murmuró, y decidió comunicar lo que estaba pensando, mientras su olfato trataba de descifrar determinado olor.

Llamó a su jefe:

—Loto, Loto.

—A la escucha.

—Aquí sucede algo raro.

—¿Qué pasa?

—¿Cuántas naves tenían los profesores del laboratorio?

—Dos.

—Están ahí, Loto. No han sido utilizadas, pero en el laboratorio no hay absolutamente nadie.

Loto quedó pensativo. Trataba de coordinar sus ideas.

—¿Qué crees que puede haber sucedido? —insistió Wifo, ante el silencio de su jefe.

—No lo sé... ¿Has notado algún desorden? ¿Algo especial que haya llamado tu atención?

—No, Loto. Bueno, quizá sí... Es una tontería. Se trata de... No sé... Un olor raro, pero no desconocido. No sabría cómo describirlo.

—Ya —y Loto volvió a sumirse en sus pensamientos.

—¿Qué hago? —preguntó nuevamente el ayudante.

—Aguarda. Pediré instrucciones. Nosotros tenemos otra misión, pero eso del laboratorio me preocupa.

Mientras Loto pasaba la comunicación a la base, Wifo salió de nuevo para curiosear en medio del impresionante silencio del laboratorio.

Había algo que el ayudante de Loto no había advertido. Se trataba de una pequeña nave transparente, capaz para una sola persona, o acaso dos... Una nave similar a la que War y Alda llevaron al planeta.

Una sombra se movía cerca del vehículo espacial. Una sombra difícil de describir, pero por su aspecto no se parecía nada a la forma humanoide del planeta, ni de War, ni de Alda...

Wifo se volvió distraídamente y creyó percibir aquel tufillo que ya había llamado su atención.

De pronto los ojos del ayudante se agrandaron. Acababa de

descubrir algo y para sí murmuró:

—No… No-

Corrió hacia la nave para comunicar con su jefe, o acaso para huir.

Sus ojos fueron cegados por el brillo de un artefacto resplandeciente.

Wifo intentó proseguir la marcha hacia el vehículo. Necesitaba comunicar su descubrimiento.

Algo le mantuvo repentinamente paralizado. Un tubo. Un tubo metálico de escasas dimensiones. Un simple tubo.

Luego percibió con más fuerza aquel olor y sus ojos se dilataron aún más.

No podía moverse…

* * *

—Wifo, Wifo —llamó insistentemente Loto, a través del cerebro transmisor.

Pero Wifo no contestó.

En aquellos momentos una nave neumática cruzó el espacio. Loto creyó reconocer el vehículo de War y Alda y pasó comunicación a la base.

Todo era apremiante en aquellos instantes y el piloto no podía dividirse en dos.

—Wifo no contesta. Manden a alguien al laboratorio. Acabo de ver la nave de Alda.

La respuesta fue categórica:

—De acuerdo. Sígala. Nosotros nos ocuparemos del laboratorio.

Loto imprimió la máxima velocidad a su nave, para seguir el rumbo del bólido que, como una exhalación, se perdía ya en el espacio.

CAPITULO VII

El jefe de la Defensa Local mandó una expedición compuesta por tres naves, con un total de nueve hombres, en dirección al laboratorio.

Loto, por su parte, surcaba el espacio a velocidad indescriptible, aunque, lejos de aminorar distancias con el bólido que perseguía, iba quedando rezagado.

Intentó establecer contacto.

—¡Alda, Alda! ¡Espera! Deseo hablar contigo... —insistió a través del cerebro.

Sabía que ella captaría el mensaje sin necesidad de la ayuda de la técnica.

Pero Alda no contestó.

Loto comprobó que el bólido seguía el mismo rumbo que conducía a Laber.

—Nunca podré alcanzarlo— transmitió a la base—. Está dotado de una velocidad imposible para nuestros medios.

—¡Sígala, sígala! —fue la respuesta inmediata de la base.

Era lo que estaba haciendo. Y deseaba alcanzarla, pero comprendía que luchaba con algo para él insuperable.

Cuando la aguja del indicador de distancias hubo dado la vuelta completa a la esfera. Loto estaba perdido por completo.

Trató de reencontrar el rumbo hacia Laber, pero tuvo que desistir.

Perdido en la noche del espacio comprobó que había permanecido más tiempo del normal y que el combustible de su nave, debido a la velocidad desarrollada, comenzaba a escasear. Posiblemente su depósito contenía la medida justa para el regreso.

Intentó comunicar, pero no halló respuesta. Hizo la comprobación pertinente y el resultado fue desesperanzador.

—Límite de distancia.

¡Había sobrepasado el límite que le unía a los suyos!

«¿Dónde estoy?», se preguntó, y buscó la información en el cerebro.

No obtuvo respuesta. El aparato no estaba programado para lugares desconocidos.

Se dijo que había ido más allá de Laber y buscó el rumbo de regreso.

El cerebro no le dio la menor indicación.

¡Estaba perdido!

* * *

Los nueve hombres que tomaron contacto con el laboratorio espacial habían buscado inútilmente todos los rastros. No había ninguno.

La orden que recibieron de la base fue la de montar guardia y permanecer alerta.

El Coordinador, por su parte, había dado la señal de alerta, comunicando la situación de emergencia. El Consejo se hallaba reunido.

—Son demasiadas cosas inexplicables —decía el Coordinador a los restantes miembros—. La desaparición de los profesores... Luego la de Wifo y, por último, la pérdida total de contacto con el jefe Loto... Algo grave está sucediendo. Algo fuera de nuestros conocimientos y de nuestras posibilidades de comprensión.

—¡War y Alda son los culpables! —terció alguien.

—No es momento de buscar culpables, sino de encontrar soluciones para llegar a la verdad —espetó el Coordinador.

Se habían dado órdenes para que los científicos buscaran la respuesta. Lo primero que se les había pedido era el ensayo de una onda especial para captar los mensajes que procedieran del límite de la órbita de escucha.

El Coordinador se mantenía en continuo contacto con el gabinete de emergencia montado al efecto y esperaba noticias.

En el laboratorio, los nueve hombres armados habían tomado posiciones estratégicas vigilando lo «desconocido».

Loto, por su parte, navegaba sin rumbo, dosificando el combustible de su nave para no quedar totalmente a merced del espacio.

—Alda, Alda —llamaba a través del cerebro—. Tú eres la única que puedes captar mi situación desde cualquier punto... Alda...

La nave seguía por un mundo sumergido en las tinieblas. Sólo la luz de su foco marcaba y dejaba una estela de su paso por una región ignota, totalmente desconocida para el tripulante.

Loto no sentía miedo por sí mismo. No pensaba en las consecuencias funestas que representaría para él perderse totalmente en aquella zona del espacio. Quería encontrar el camino para ser útil. Presentía la desgracia que se abatía sobre su habitáculo y no iba en absoluto desencaminado, porque...

* * *

En el laboratorio, uno de los nueve hombres vigilantes permanecía atento al exterior, portando uno de los transmisores portátiles para poder informar en el acto de cualquier anomalía o sensación de peligro.

No obstante, el transmisor-receptor y detector a la vez no advirtió la sombra que se movía cerca de él.

Era una sombra inconcreta que nada tenía que ver con el aspecto general de los seres conocidos en el planeta.

Lo que sí advirtió el vigilante fue el extraño olor y la sensación de no hallarse solo.

Se volvió con cautela y sus ojos se agrandaron. Puso inmediatamente la comunicación y pudo advertir:

—¡Atención! Peli...

No terminó la frase. Algo le hizo perder el habla y sintió con más potencia aquel olor grato hasta cierto punto y adormecedor a la vez.

Todos sus miembros quedaron paralizados, mientras un tubo metálico lanzaba un brillo. Era lo último que sus ojos vieron.

* * *

—Wikson ha desaparecido —informó uno de los ocho restantes que quedaban en el laboratorio.

—¡No es posible! —replicaron de la base—. ¿Dónde estaban los demás? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Nadie lo ha visto. Cada cual ocupaba su puesto.

En aquel instante, alguien en el laboratorio espacial gritó:

—¡Gukor no está en su puesto!

El jefe de la expedición hizo una llamada para que todos se reunieran.

El llamado Gukor tampoco apareció.

—Dos hombres. ¡Han desaparecido dos hombres! —espetó el jefe de la expedición—. ¡Es increíble!

—Manténganse unidos —ordenaron de la base.

—Es lo que me proponía —repuso el encargado de los siete restantes.

A partir de aquel momento formaron todos un bloque, con los transmisores abiertos y atentos a la menor detección.

Un bólido se alejaba del laboratorio sin que ninguno de los aparatos detectara su presencia.

Era un bólido neumático, como el que utilizaron War y Alda para llegar al planeta.

CAPITULO VIII

El tiempo transcurría sin que el misterio de lo que estaba sucediendo tuviera trazas de aclararse.

Loto comprobó una vez más el combustible. Escaseaba.

Se dio perfecta cuenta del tiempo que estaba consumiendo sin llegar a ninguna parte. La aguja marcaba la mitad de la circunferencia, pero el cerebro seguía negándose a dar su situación y a fijarle el rumbo.

Loto detuvo la marcha del vehículo dejándolo flotar y anotó su decisión para posterior constancia.

—Necesito pensar. Voy a permanecer flotando. No puedo alejarme más de lo que estoy y, por lo menos, ahorraré combustible. Sigo en una zona desconocida. El cerebro no responde a mis preguntas y no percibo señal alguna.

El bólido, sin ninguna energía, se hundió lentamente en el abismo sin fin.

Loto se relajó. Necesitaba de toda su concentración para adoptar el método más idóneo. Sabía, sin embargo, que sus posibilidades de regreso eran cada vez más limitadas, pero no se daba por vencido.

La ayuda de un mapa le permitió buscar algún asteroide más o menos próximo, pero sin rumbo ni datos no encontró nada, porque seguía fallándole lo principal: conocer su situación.

Perdió la noción del tiempo y abstraído pasó una mirada en torno a la nave, a los mandos, a las agujas de los distintos indicadores.

De pronto, algo llamó su atención.

Los controles...

—Esas agujas... —empezó, fijándose en cada una de las manecillas—. ¡Todas señalan la misma dirección!

Incomprensiblemente, las manecillas habían adoptado idéntica posición, como si algún cuerpo las atrajera.

Loto puso en marcha el cerebro para grabar su impresión:

—La nave y los aparatos están bajo la influencia de algo que los domina y tal vez los atrae. Una fuerza poderosa y desconocida atraviesa el fuselaje. Voy a dar otra vez la marcha para tratar de averiguar lo que ocurre.

Tras las manipulaciones precisas, la nave volvió a recobrar su propio dominio, pero Loto advirtió en seguida que no adelantaba en absoluto.

—Algo mantiene la nave completamente paralizada. Cierro de nuevo el combustible para no gastarlo inútilmente. Me dejaré llevar por esa fuerza para saber hasta dónde me lleva.

Dejó nuevamente la nave sin rumbo, flotando en la oscuridad de la zona.

Loto notó que el vehículo aumentaba la velocidad como si la fuerza de atracción fuese cada vez mayor.

Grabó en el cerebro la nueva impresión y apenas terminó de hacerlo, sintió acentuar la velocidad.

—Voy a sujetarme para evitar accidentes —advirtió de nuevo.

El bólido había alcanzado un ritmo vertiginoso hacia lo desconocido.

Loto, sujeto con las correas de seguridad, sentía una vaga sensación de vacío, como si su cuerpo estuviera perdiendo peso por momentos.

La velocidad llegó a un ritmo increíble. La nave vibraba por completo y un ruido exterior traspasaba el fuselaje haciéndose ensordecedor.

Loto cerró los ojos ante la sucesión de imágenes extrañas que comenzaron a desfilar a través de sus ojos.

Un colorido extraordinario formando extraños y fantasmagóricos dibujos le dañaba la mirada, mientras la nave había alcanzado un ritmo totalmente indescriptible.

El cerebro del vehículo había comenzado a oscilar continuamente, pero a Loto le era totalmente imposible traducir el mensaje, porque seguía atado y no podía moverse en absoluto. Su cuerpo ya no pesaba absolutamente nada y pugnaba por elevarse y quedar flotando en el interior de la nave.

Las imágenes de colores se convirtieron en una visión alucinante, imposible de resistir, y la respiración del piloto se volvió fatigosa, inestable, amenazándole con ahogarle.

Loto comprendió que si aquello duraba un instante más, iba a perder por completo el conocimiento.

Su mente empezaba a oscurecerse impidiéndole concentrarse. Luchaba, pues, ante lo desconocido y su nave se había convertido en una trampa posiblemente mortal.

Tuvo la sensación que la zona por la que cruzaba era ya menos oscura, pero la cabeza le daba vueltas y más vueltas, y lo último que pensó en aquellos instantes lo expresó en voz alta.

—Voy a perder el sentido.

Fue justo en aquel momento cuando la velocidad cesó por completo.

La nave se detuvo con extraña suavidad, pero Loto había quedado por completo ajeno a la realidad.

Atado en su sillón frente al control permanecía dormido, sin conocimiento alguno.

La nave flotaba ahora suavemente en una zona radiante de luminosidad.

* * *

Si el tiempo en el espacio había dejado de contar para Loto, en Nueva-Taso la inquietud por los hombres situados en el laboratorio aumentaba.

El jefe de la expedición acababa de informar la desaparición de otro par de miembros.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —inquirió el Coordinador en persona, atento a las operaciones—. Informen, informen.

—Es inexplicable, señor. No nos hemos separado en absoluto.

—Entonces tienen que haber visto lo ocurrido. ¿Qué ha sido? —insistió el Coordinador.

Tal vez la explicación hubiese podido darla Loto, pero ellos sólo advirtieron una luz brillante, hablaron de una forma redonda, de una

especie de tubo, luego no pudieron añadir nada más. Quedaron como dormidos. Fue tan sólo una fracción de tiempo incalculable. Les pareció un instante. No vieron nada. Quedaron como cegados. Al reponerse, de los siete sólo quedaban cinco.

—Les mandaremos refuerzos —adujo el jefe supremo de la Seguridad Local.

El Coordenador optó por «pedir consejo» al cerebro supremo.

La respuesta de la ordenadora general de Nueva-Taso coincidió de lleno con los pensamientos del primer mandatario del planeta.

«Peligro desconocido. Ordenen abandonar el laboratorio.»

La orden fue inmediatamente transmitida y por primera vez un miembro de aquella sociedad, hasta entonces perfectamente organizada, se reveló.

El jefe de la expedición de defensa del laboratorio, el que había perdido ya a cuatro hombres, espetó:

—Quienquiera que sea que nos esté diezmando, merece un castigo. Pido autorización para seguir aquí.

La orden fue tajante.

—¡Abandono, abandono!

—¡Tenemos que descubrir a nuestros enemigos!

—Corren demasiado peligro.

—Si abandonamos ahora, quedaremos a merced de esa fuerza desconocida.

—No discuta, Lactor. Regrese…

Sólo regresaron cuatro. Nadie pudo explicar cómo había desaparecido el quinto de los hombres. Había sido un misterio, como lo fue la de los que le habían precedido.

CAPITULO IX

Loto despertó con la sensación de un alejamiento absoluto de la realidad.

Miró en derredor como si acabara el sueño tras un período normal de descanso.

Se fijó en los mandos, en los relojes, en el cerebro transmisor, y lentamente cobró noción de la realidad.

Fue el zumbido del intermitente quien le despertó por completo.

«¿Dónde estoy?», se preguntó mentalmente.

Iba a moverse y advirtió que estaba atado. Se aflojó los correajes y desentumeció sus músculos ligeramente embotados. Miró en derredor.

Estaba en el espacio en un lugar resplandeciente, iluminado por un astro desconocido.

Por fin se decidió a descifrar el mensaje que le llegaba a través del aviso del intermitente.

Sacó la cartulina de la máquina y sus ojos se agrandaron.

El mensaje era lacónico, pero muy significativo:

«Alda. Alda.»

«Alda.»

—¡Un mensaje de Alda!

Reaccionó totalmente y buscó nuevas instrucciones en el cerebro, que no le llegaron.

Despierto ya por completo, intentó establecer comunicación con la base, pero continuó siéndole imposible.

El intermitente repetía el aviso de mensaje que era el mismo: «Alda, Alda, Alda... »

Buscó con la mirada a través del amplio visor de la nave y no encontró ninguna otra nave, por lo que decidió ponerla nuevamente en movimiento.

Esta vez el vehículo obedeció a los mandos. Nada le atraía y Loto consiguió el completo control del vehículo.

Aunque seguía careciendo de rumbo, la luz exterior se le antojó un buen augurio y su presentimiento no tardó en convertirse en plena realidad.

A lo lejos, captado por una de las pantallas, advirtió un artefacto que estaba flotando.

Intentó establecer comunicación.

—Aquí nave especial de Nueva-Taso… Aquí nave especial de Nueva-Taso. Contesten. Distancia… —Deletreó los signos convencionales usados en el planeta y recabó respuesta inmediata.

Sólo contestó el intermitente:

«Alda, Alda, Alda… »

—¡Es Alda! —exclamó Loto.

Y grabó seguidamente su sospecha:

—Creo que he encontrado el bólido de Alda, la compañera de War. Me dirijo hacia ella. Sigo en lugar desconocido. Me voy aproximando. Sé que estoy gastando un combustible precioso, pero ésta es la ocasión de establecer contacto con la compañera de War.

Aumentó la velocidad y al poco rato, a través de la pantalla, descubrió el bólido neumático y transparente.

—Seguro que es Alda —informó para dejar constancia—. En breve llegaré a su altura.

La proximidad del bólido perseguido desde su despegue de la base le infundía nuevas esperanzas.

Con la mirada y el pensamiento fijo en la nave, aguardó impaciente hasta colocarse a su altura.

—¡Alda, Alda! —transmitió.

No recibió respuesta alguna. Sin embargo, advirtió claramente que el bólido neumático flotaba sin rumbo.

El intermitente repetía el nombre de la compañera de War: «Alda… Alda…»

Frenó su vehículo y colocó el dispositivo para mantenerlo a distancia y se dispuso a abandonarlo utilizando los prototipos especiales.

Poco después, igual que había hecho War para abandonar la nave cerca del planeta Laber, Loto se dirigía hacia el bólido donde esperaba encontrar a la muchacha.

En efecto. Alda estaba allí. Permanecía sentada y totalmente inmóvil.

El piloto dirigió su torpedo espacial autodirigido hacia la puerta de la nave y forcejeó para abrirla, pero le fue totalmente imposible.

Golpeó el fuselaje neumático del vehículo para llamar la atención de Alda, que continuaba completamente inmóvil.

Era fácil desde fuera distinguir todos los elementos dispositivos del bólido; sin embargo, aquello era una auténtica fortaleza que era del todo imposible abatir.

Sólo cabía una solución.

«Abriré una brecha», se dijo a sí mismo, y sacó Una de sus armas de células con la intención de agujerear aquel extraño fuselaje.

Se separó ligeramente y apuntó hacia el lado posterior. Apretó la palanca y seguidamente se produjo una explosión, pero el fuselaje quedó intacto y Loto tuvo que retroceder ante la conmoción que se originó tras su disparo.

—Increíble... Parece como... si fuera inabatible.

Se separó un poco más y soltó por dos veces una dosis más que era suficiente para abrir un boquete en los más resistentes sistemas de fuselaje.

La pequeña nave neumática se tambaleó, vibró, pero continuó incólume.

—Nunca conseguiré penetrar —murmuró Loto, y en seguida advirtió que Alda comenzaba a moverse.

Tal vez había sido por efecto de aquellos impactos que removieron el bólido neumático invulnerable.

—¡Alda! ¡Alda! —gritó él.

Su voz quedó ahogada dentro de la escafandra espacial, pero ella

había abierto los ojos, ¡y le miraba!

—¡Alda! —volvió a gritar el piloto.

El rostro de la compañera de War pareció iluminarse. Luego, con un movimiento costoso, empuñó una palanca y el bólido presentó una abertura. Loto se introdujo a través de ella.

* * *

La muchacha aceptó una de las cápsulas regeneradoras que le había ofrecido Loto y lentamente pareció recuperarse.

—He perdido la noción de la realidad. Nunca me había sucedido... Pero sabía que tú me buscabas y que me encontrarías —dijo al fin.

—¿Por qué no contestaste a mi llamada?

—Tú estabas muy lejos —repuso ella.

—No es cierto. Te vi casi delante del laboratorio espacial de nuestro planeta.

—¡Oh, no! —respondió ella con un gesto que quería indicar a Loto que estaba en un error.

—Tenías que ser tú. Era un bólido exacto...

—No puede ser, Cuando tú saliste en mi busca, yo ya estaba muy cerca de Laber.

—¿Por qué te fuiste?

—Sabía que War estaba allí y pretendía ayudarle... Mi vida está ligada a la suya... No puedo estar sin él.

—Pero... ¿Qué hace en Laber? ¿Por qué te necesita a ti? —Y tras una pausa concentró sus preguntas y el motivo de su búsqueda—. Escucha, Alda. Tú eres nuestro único enlace con War. Sus descubrimientos nos importan. El es un miembro de nuestro Consejo, aunque desgraciadamente jamás podrá salir de ese extraño planeta llamado Laber.

Ella asintió en silencio.

Loto pasó la mirada a través del transparente fuselaje de la nave y observó la suya, que seguía a la distancia conveniente.

—Alda —prosiguió—. Si tú pisas Laber tampoco podrás salir de allí.

—Lo sé.

—¿Y no te importa?

—Mi vida está ligada a él,

—¿Por qué, Alda? ¿Por qué?

—Ya te lo dije. Soy su producto.

—Esto es absurdo... Tú eres una hembra parecida a las de nuestro habitáculo. Tienes vida propia...

—Mi vida depende de War... —repuso ella como un autómata.

—Bien... Me gustaría poder hablar de eso con calma, pero no aquí.

—¿Quieres llevarme otra vez a Nueva-Taso?

—Ojalá conociera el rumbo.

—¿Te has perdido?

—Sí.

—Igual que yo. War tenía razón..., siempre la tiene. Este bólido no está hecho para galaxias distintas...

—Lo sabía. El también me lo dijo... Y créeme, aparte de las órdenes, deseaba dar contigo para salvarte. Supuse que ocurriría esto.

—No... —murmuró ella.

—Sí, Alda. Me interesas. ¿Comprendes? No pensaba sólo en el aspecto científico, sino en ti misma, como ser... , como un ser excepcionalmente bello.

—Nunca me habían dicho palabras tan bonitas, Loto.

El se aproximó. Posó sus manos sobre los femeninos hombros y la miró intensamente.

—Quiero decirte una cosa, Loto —confesó ella, como si de pronto abandonara toda su recia personalidad para convertirse en un ser débil y manejable, a gusto por alguien de la especie gratamente opuesta.

El sonrió esperando las palabras de Alda, que prosiguió tras una corta pausa:

—Fue War quien me impidió llegar a Laber. ¿Comprendes?

—¿Eh?

—Yo estaba muy cerca. Había conseguido llegar y me disponía a tomar contacto con Laber, pero War me lo impidió.

—¿Fue él?

—Sí. Y yo intuí que había un grave peligro y que no quería que yo lo corriese.

—Es lo mejor que ha podido hacer el profesor.

Ella guardó silencio.

—¿Sientes no estar con él? —inquirió el piloto.

—No sé. Sin War es como si yo no existiera.

—¿Tanto significa para ti?

—Sí…

—¿Como si… formaras un hogar con él…?

—¿Un hogar? Oh, no… No. Es una cosa distinta. Tú no lo entenderías, Loto… Vuestra mentalidad es distinta. —Y por primera vez Alda sonrió comprensiva.

CAPITULO X

En Nueva-Taso seguían sin noticias de Loto.

—Se ha perdido —murmuraba convencido el jefe de la base de despegues.

Se ordenó su búsqueda a través del espacio, pero ésta no era la preocupación principal del Consejo.

El Ejército de protección se había movilizado y varias naves habían sido enviadas para patrullar en torno al laboratorio extrañamente abandonado.

Durante dos períodos, los observadores habían mantenido bloqueado el habitáculo artificial sin que' surgiera ninguna novedad, pero el misterio de los que desaparecieron persistía.

Loto y Alda se habían trasladado al vehículo del primero, transportando la nave neumática acoplada por medio de un enganche mecánico.

El piloto había fijado un rumbo imaginario, advirtiendo a Alda de la escasez de combustible.

—Puede que nuestra mentalidad sea distinta, Alda, pero estoy seguro de que, en el fondo, nuestros pensamientos no difieren mucho.

Ella guardó silencio.

—No trato de descubrir tu secreto. Deseo protegerte.

—Yo te lo agradezco, Loto. Ahora me siento muy sola.

Parecía más triste, menos altiva. Le faltaba la seguridad de que había hecho gala cuando War estaba a su lado.

—Trata de comunicarte con él. Pídele que te dé información. Nos interesa conocer sus descubrimientos.

—Creo que hay cosas más importantes que deben preocupar a tus compatriotas en estos momentos.

Loto no había dejado de pensar en los sucesos del inicio del viaje. En el último mensaje recibido de su ayudante, que debido a los últimos acontecimientos había dejado relegado a segundo término.

—¿Sabes algo de lo ocurrido en nuestro laboratorio espacial?

En principio, Alda guardó un extraño silencio.

—Habla, Alda. Di lo que sepas... Tú sabes. Lo presiento. Sea cual fuere tu naturaleza, yo creo que nunca has pretendido perjudicarnos.

—¡Cuidado! —exclamó ella de pronto mirando a través del visor.

Un objeto aparentemente esférico se aproximaba a gran velocidad.

El detector informó segundos después de que ella hubiese lanzado el aviso. Una vez más Alda se había anticipado al mecanismo del cerebro transmisor.

Loto siguió la trayectoria del objeto a través de la pantalla.

—¡Vamos a estrellarnos! —exclamó ella.

El objeto seguía la trayectoria opuesta al vehículo sin desviarse en absoluto.

Loto intentó apartarse, pero una fuerza invisible le mantenía en el mismo rumbo.

La velocidad del objeto desconocido parecía ir en aumento y la nave se acercaba peligrosamente.

El piloto se atuvo a los mandos personales para dirigir por sí mismo el vehículo.

—¡No podrás evitar el choque! —gritó ella, aterrada, como si no confiara en la pericia de su compañero de vuelo, o acaso estuviese convencida de que todos sus esfuerzos iban a resultar inútiles.

Loto seguía dominando la nave con la mirada puesta en el objeto agresivo.

Cuando la técnica fallaba tenía que imponer su voluntad por sí mismo, gracias al perfecto dominio de sus conocimientos y confiando en su pericia.

—No... No lo conseguirás —musitó Alda, observando angustiada la proximidad del artefacto.

Estaba ya muy cerca. Era una tremenda mole, unas veinte veces mayor que la nave, que venía impulsada por una fuerza tremenda, indescriptible.

Loto tenía sujeta la palanca del combustible de emergencia.

La distancia descrita en la pantalla y traducida a puntos de aproximación marcó el guarismo «X».

Los signos de acercamiento se sucedían.

IX.

VIII.

VII.

Alda contenía la respiración. Su terror pánico estaba al límite. La muerte. El fin de la existencia se le antojaba llegado ya.

VI.

La mole parecía ahora más inmensa, compacta, inevitable.

V.

—Grishom... —musitó ella—. Pertenece a Grishom. Su poder es irresistible...

IV.

Loto aguardaba el momento oportuno. Si fallaba su acción todo habría concluido.

III.

—Nadie ha podido nunca con Grishom... Sólo War.

II.

La mole impedía ya toda visión del espacio. Alda cerró los ojos para no ver el fin.

I.

La mano de Loto sujeta a la palanca bajó rápidamente.

Entonces se produjo la tremenda explosión...

* * *

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió el gran Coordinador, pendiente de una de las pantallas de control fuera de límite.

Un observador manifestó su extrañeza:

—No hay datos, señor. Se trata de una explosión muy lejana, pero está fuera de límite.

En efecto, la tremenda explosión había sido detectada, pero se ignoraba en qué punto y el verdadero alcance de la misma.

—Todo parece complicarse. Es como si una amenaza invisible se cerniera sobre nosotros —repuso el Coordinador pasando al habla con los científicos que intentaban modificar algunos de los aparatos para captar señales más lejanas, cualquier cosa que les permitiera localizar el peligro y además encontrar alguna señal de Loto.

* * *

En el bólido, Alda lanzó un suspiro tras la tremenda explosión que conmocionó toda la nave.

Loto observaba asombrado la total desintegración de la mole que había conseguido burlar.

—Lo has logrado en el último momento —murmuró ella—. Creí que era el fin.

—He utilizado casi todo el combustible, Alda. Pronto no podré controlar la nave.

—Sí podrás —repuso ella infundiéndole esperanzas.

—Lo intentaré al menos, pero sin conocer el rumbo.

—El rumbo es fácil, Loto. Yo te guiaré.

—¿Serás capaz...?

—Con mi nave.

—No tiene medios.

—Los encontraremos en Grishom. Está cerca... Allí hay medios, Loto. Estoy segura. Vamos. Para llegar hasta Grishom sí tienes combustible suficiente.

El cerebro no contestó la petición de Loto. Seguía encontrándose en una región fuera de su influencia. No estaba programado.

Loto se dejó guiar por Alda.

CAPITULO XI

Grishom era una mole pétrea impresionante en estado de continua y acelerada rotación.

—Ahí es —dijo ella—. Puedes tomar contacto con el suelo.

—Lo intentaré —repuso él, conduciendo la nave con suavidad.

—Ahora no hay peligro de desprendimientos —aseguró Alda.

—¿Habías estado aquí antes?

—No, pero conozco la procedencia de esas lluvias de mineral radiactivo. Nuestras naves son completamente inmunes a su poder, pero costó una larga experiencia y ocurrieron muchos accidentes en nuestro habitáculo a causa de ese mineral.

—¿Has dicho que era radiactivo?

—Sí. Pero de una fuerza y poder muy superior al que conocéis vosotros.

—El detector no ha indicado nada.

—Porque estás muy lejos de la región a que perteneces.

—¿Sabes tú dónde estamos?

—Cerca del que fue nuestro habitáculo.

—¿En... otra galaxia?—Sí, Loto. En otra galaxia. Aquí no acusarás la radiactividad, ni se dañará tu cuerpo... Podemos salir.

—¡Espera! —exclamó él, buscando un par de escafandras.

—No. No vamos a necesitarlas —aseguró ella.

La seguridad de la hembra volvió confiado al piloto que, no obstante, quiso salir primero una vez abierta la puerta de la nave.

El exterior, grisáceo en absoluto y pétreo, ofrecía el aspecto de un habitáculo sin vida propia.

—Por allí —indicó ella.

Loto la siguió. Poco después se detuvieron entre una ladera de

gruesos guijarros del mismo tono grisáceo. Al fondo y de las entrañas del lugar surgía un imponente surtidor de fuego.

—Aquí —murmuró Alda.

—Rayos… Son rayos —advirtió Loto.

—Radiactivos. Es una fuente de energía inagotable. War supo canalizarla y consiguió utilizarla para nuestras naves. ¡Vamos! Volaremos con mi nave para que absorba los agentes combustibles de la atmósfera.

Sobrevolaron la zona con el vehículo de Alda, que al fin murmuró:

—Ahora ya podemos irnos.

Alda cedió los mandos a Loto. No había ninguna dificultad en manejarlos, pero fue ella la que fijó el rumbo. Y no fue por mera intuición. ¡Ella lo conocía!

—¿Sabes una cosa, Loto? —murmuró.

El la dejó que siguiera hablando.

—Antes, cuando creí que íbamos a chocar con la

roca radiactiva, pensé que desaparecería para siempre. Sé que esto tendrá que suceder algún día y jamás, al pensar en ello, lo he lamentado hasta ese momento. Me dolía tener que separarme. ¿Sabes? No sé… Quizá estoy obrando mal. No debería pensar en estas cosas. No me pertenezco, pero algo me impulsa hacia ti. Algo me atrae.

—Me alegro —sonrió Loto.

—Loto… Por lo que acabo de confesarte, por lo que me gusta sentirme a tu lado, y por lo que has hecho por mí…

—No he hecho nada, Alda. No podía dejarme aplastar por la roca.

—Lo sé… Pero tú te creías en la obligación de salvarme también.

—Mi vida vale poco, Alda. Quizá por mí mismo jamás habría podido regresar.

—Sí hubieras podido. Eres inteligente.

—¿Qué intentas decirme, Alda?

—Que no regresemos a tu habitáculo.

—¿Por qué?

—Vas a correr un gran peligro.

—Antes te pedí que me contaras todo lo que supieras. Te lo vuelvo a repetir, Alda. En nombre de esa amistad y de esos sentimientos… ¿Qué es lo que ocurre?

—Algo terrible, Loto. No tardarás en saberlo. Sigue el rumbo.

* * *

Llevaban ya algún tiempo navegando a una velocidad muy superior a la que Loto estaba acostumbrado en las naves de su habitáculo.

De pronto tuvo la sensación de hallarse en un lugar que ya no le era tan desconocido.

El pequeño control de la nave indicaba unos signos. Loto los reconoció.

—¡Laber! Estamos aproximándonos a Laber.

Alda asintió.

—¿Es aquí donde voy a encontrar la explicación?

—Sí, Loto. Vamos a aproximarnos más.

Instantes después, una voz conocida resonó en el interior de la nave.

—No debió traerla, Loto. Se lo prohibí. Ella lo sabe.

—¡Es War! —reconoció Loto.

Alda parecía concentrada y Loto supuso que estaba transmitiendo un mensaje al profesor.

—Sí, Alda —repuso la voz del profesor—. Comprendo que quieras permanecer a mi lado, pero es un riesgo demasiado grande.

—¡Profesor War! —terció Loto de viva voz—. ¿Qué es lo que ocurre ahí abajo?

—Acérquese más y lo verá por sí mismo. Alda le pondrá el visor especial.

Ella asintió. Manipuló un botón y en el único aparato de control de la nave apareció un cristal aparentemente opaco.

La imagen que se ofreció a continuación situó el rostro del profesor en primer plano.

—¿Me ve bien, Loto? —preguntó el hombre.

Parecía estar en medio de unos densos vapores.

—Sí, War —repuso el piloto.

El cristal opaco enfocó el inmenso cráter humeante en plena ebullición.

Una graduación de la imagen permitió a Loto observar los gases que se escapaban del inmenso agujero.

Entre los vapores se distinguía una masa espesa removiéndose constantemente.

—Está contemplando usted el origen de la vida. La composición más elemental que hace vivir a todas las criaturas vivientes y a los vegetales.

El cristal opaco captó con extraordinaria nitidez unas diminutas partículas apenas visibles en microscopio y que sólo aquella pantalla extraordinaria las mostraba con toda claridad.

—Esto es vida. Loto —siguió el profesor—. Son agentes que buscan emparejarse, cada uno de ellos será una criatura distinta que iniciarán una raza diferente que algún día poblará algún planeta.

Loto miraba extasiado aquellos millones de átomos gaseosos que se escapaban y se esparcían por los aires.

—Surgirán nuevos y desconocidos vegetales —siguió la voz de War—. Y otros seres de apariencias iguales o distintas que la nuestra, y las criaturas inferiores… y los monstruos por malformación… Todo es normal, incluso el peligro de una evolución de las razas conocidas y surgirán las mutaciones.

—¿Mutaciones?

—Sí, Loto. Este es el peligro que se cierne sobre Nueva-Taso. Yo lo ignoraba. Ahora temo que les sea sumamente difícil combatirlo. Tal vez imposible.

—Traté de explicárselo —adujo ella en voz alta y siempre desde

el interior de la nave.

—¿A qué peligro se refiere?

—Fui atraído a este planeta, como sabe. Pensé que quien me había guiado era uno de mis colegas que trataba de reunirse conmigo. Bueno, la verdad es que así fue, pero al llegar aquí…

Loto siguió con creciente interés la historia que le refirió War.

En el extraño cristal opaco seguían proliferando los «agentes de la vida». Los átomos que buscaban emparejarse para iniciar las nuevas razas.

War terminó su explicación añadiendo:

—La única salvación es abandonar su habitáculo. Sé que será duro para ustedes. Propóngalo a la Junta, y llévese a Alda. Sé que usted es el único que puede salvarla. Sé que velará por ella.

—¡War! —exclamó la muchacha, como si alguien acabara de clavarle un arma mortífera en su cuerpo—. Esto quiere decir que… tenemos que separarnos.

—Loto cuidará de ti. Y no temas por tu vida. Desde ahora no me pertenece. Puedes autodeterminarte. Te desligo de mí.

—¡War! —gritó Loto.

Deseaba saber más cosas, pero el profesor le cortó rápidamente.

—Mi tiempo ha terminado ya. Loto.

—Pero, escuche, War.

—Lo siento. Es el fin…

Ella lanzó un grito y pareció como si de repente le faltara el oxígeno necesario para respirar.

—¡Alda! —llamó el piloto.

Ella se desmayó por completo perdiendo el sentido. —¡War, War! —gritó Loto.

No obtuvo respuesta. El cristal opaco había borrado toda la imagen. El bólido flotaba sobre un planeta extraño, humeante.

War no volvió a dar señales de vida.

CAPITULO XII

La llegada del bólido conducido por Loto no fue detectada en absoluto.

El piloto, llevando a Alda en brazos, insensible aún, completamente inanimada, la introdujo en el apartado que la muchacha había compartido con War desde su llegada al habitáculo.

El Coordinador y uno de los profesores de la Salud Pública acompañaban a Loto, que esperó a que el profesor la examinara.

—Es lo que nosotros llamaríamos un fin de existencia normal, pero esta hembra vive. Es víctima de la falta de algo esencial que le ha producido un shock.

—Estaba ligada a War por unos lazos desconocidos. El la liberó por completo. Sé que vencerá esa crisis. Y yo voy a ser responsable de ella y... un poco de todos. Habrá que reunir al Consejo.

—¿Qué informes traes, Loto? —quiso saber el Coordinador.

—Graves; muy graves.

Se hizo un inquietante silencio.

Poco después el Gran Consejo estaba reunido. Loto se enteró de la desaparición de su ayudante, junto con los científicos y posteriormente los enviados a inspeccionar y vigilar el laboratorio.

—Desaparecerá más gente. War me lo ha advertido. Y es un peligro que difícilmente podremos combatir. Voy a contarles lo que me comunicó el profesor.

Todo el Consejo prestó atención a las palabras del piloto, que empezó por explicar su visión personal de lo que War llamaba el origen de la vida.

Luego entró de lleno en el momento en que War pisó por primera vez aquel habitáculo donde se proponía quedarse para siempre.

Repitiendo las palabras del profesor empezó:

—Uno de sus compatriotas llegó hasta Laber, y allí se comunicó con War utilizando su sistema cerebral.

»War creyó sinceramente en la buena fe de su compatriota, pero la verdad es que fue engañado.

—¿Conoce usted a ese compatriota de War? —preguntó el jefe de la Seguridad Local.

—No. No le he visto nunca, pero no es un ser normal. Quiero decir que no es un humanoide como nosotros, ni se parece en nada a War.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el de la Seguridad.

—Repito las palabras de War.

—Sigue —pidió el Coordinador.

—En Laber, como les he dicho, se está originando una nueva raza, nuevas formas de vida serán algún día una realidad, pero ello implicará la aparición de mutaciones.

—¿Mutaciones? —inquirieron varias voces—. Pero..., ¿a quién afectarán?—A las razas superiores..., a la que pertenece el profesor War —explicó el piloto, utilizando palabras del propio War.

Surgieron varios comentarios hasta que el Coordinador impuso silencio.

—Prosigue, Loto. ¿Qué más te dijo War?

—Que estas mutaciones ya se han producido y pretenden utilizar el planeta Laber como base de sus experimentos. Usarán los nuevos gérmenes para realizar experimentos.

—¿Y esas desapariciones del laboratorio, tienen qué ver con las mutaciones? —siguió el Coordinador.

—Exacto.

—¿Y de qué forma podemos libramos del peligro? —preguntó Uno de los miembros.

—Ya dije al principio que sería muy difícil. Aun siendo mutaciones, se trata de seres superdotados en inteligencia. La suya es una rebelión con sus sistemas tradicionales. Su evolución está influenciada por el mal.

—¿Y a juicio de War es imposible acorralar a una de esas mutaciones?

—En esta galaxia, sí.

—Podemos intentarlo —adujo el responsable de los nuevos experimentos—. Si consiguiéramos aislar a uno de «ellos» y estudiar su forma y sus reacciones sería posible combatirles.

—En esa galaxia no será posible eso, profesor. Les es propicia, dominan todos los resortes de la técnica. Utilizan naves indestructibles, como la que usó el profesor War y Alda para llegar aquí. Yo vi una de esas naves y pensé que se trataba de la de Alda. La perseguí, pero no pude ni siquiera igualar su velocidad. —Y como si hablara consigo mismo añadió—: Alda no mintió al decir que no era suya la nave que yo seguía. Ahora lo comprendo. Con esa nave se llevan a sus presas y experimentan con ellas.

—¿Qué forma tienen esas mutaciones...? —preguntó el responsable de la Seguridad Local.

—War no me lo dijo.

—Entonces —murmuró el Coordinador—, la única solución es buscar otro habitáculo... En otra galaxia. ¿No es eso lo que pretendes dar a entender, Loto?

—Eso es lo que me aconsejó War, señores. Buscar una galaxia que no les sea propicia. Sólo así podremos salvar nuestra raza.

—¡Acabamos de salir de una catástrofe! —exclamó el jefe de la Seguridad Local—. Tuvimos que prescindir de la mayoría de nuestras grandes naves. No podemos afrontar una evacuación masiva. Es imposible en estos momentos.

—Eso es verdad —adujo el que representaba la jefatura de la fabricación de material volante—. Requiere mucho tiempo. Hay que buscar otra solución.

—Señores —dispuso el Coordinador—. Es preciso que cada cual exponga una opinión mediante voto. Anótenla en sus fichas. Que el cerebro marque cuál de sus opiniones es la mejor.

Tras algunos comentarios, cada uno se retiró a su apartado para pensar en la mejor solución y anotarla.

Loto aprovechó para volver junto a Alda.

La muchacha había despertado ya.

—Me alegro que te hayas repuesto —murmuró el piloto.

Ella mantenía la mirada fija en un punto inconcreto. Parecía ausente, lejos.

—¿Intentas comunicarte con War? —preguntó Loto.

—War ya no existe. Tú fuiste testigo...

—¿Te apena?

—Es una sensación extraña. Nadie puede vivir sin War. Su fin es el fin de todos sus «productos».

—Nunca has querido aclararme ese extremo, Alda. ¿Por qué estás ligada a él?

—Todos lo estamos...

—Pero, ¿por qué?

Ella le miró profundamente. Luego preguntó:

—¿Es que no lo comprendes, Loto? War es... el Principio y el Fin.

—¡Oh, no! Es un humanoide extraordinario, diferente, con una inteligencia superior, pero no puede ser por sí mismo el cerebro de toda una raza, ni el corazón de cada uno de los vivientes.

—¡El es el creador de la raza, Loto! Y aunque yo no pertenezca a ella, me acogió cuando aparecí por el espacio procedente de un lugar ignorado. El me hizo prácticamente, me enseñó, me dio inteligencia y salvó mi vida.

—Por eso le estabas y le estarás siempre agradecida. Lo comprendo.

—No. No puedes comprender. No puedes. Loto. El me ha liberado. Ha querido que siguiera otro rumbo, que me librara de las consecuencias de lo que está ocurriendo. Me ha desligado de sí, pero ha sido por su propia voluntad. Todo es por su voluntad.

—Si tanto poder tiene, ¿por qué no evita el peligro actual a que estamos sometidos? ¿Por qué no neutralizó la desgracia que se cernió sobre vuestro habitáculo?

—Porque War no puede ir contra las leyes naturales del cosmos, ni puede evitar que los que le atribuyen la culpa de las calamidades se revelen. Es una ley irreversible.

—Eso era en vuestro habitáculo, Alda. Ahora ya no perteneces a

él. Eres libre.

—Siempre fui libre. War jamás sometió a nadie. El dictó las normas. Todo fue bien siempre hasta que alguien quiso utilizar los descubrimientos para el mal. Hallaron la antimateria y la lanzaron sobre los demás.

—¿Quieres decir que la gran catástrofe fue deliberadamente provocada?

—Sí, Loto. Así es.

—¿Y War no lo evitó?

—War no puede frenar la inteligencia que él mismo ha proporcionado a sus «productos».

—No, no... Todo esto es muy confuso... Se contradice. War estaba loco de contento cuando descubrió Laber. Era la fuente de la vida y quería estudiarlo. Dijo que era trabajo de «siglos»... Siglos —y Loto repitió la palabra que le sonaba extraña.

—Son períodos de tiempo.

—Pero su vida tendrá un límite...

—Para War no hay límite, Loto.

—¡Oh! No..., Alda. Estás obsesionada... Si él sabe todas las cosas no tiene ninguna necesidad de estudiar.

—No se trata de estudiar, sino de velar por las nuevas razas, evitar que en tiempos futuros la inteligencia que consigan los nuevos seres se utilice para el mal. Evitar las mutaciones con espíritu destructivo.

—Si ese ser excepcional existiera, fuese War o quienquiera que fuese, me gustaría vivir en otra época y ver lo que ha conseguido...

—War existirá siempre, Loto —sentenció Alda—. Aunque muy pocos lo verán.

El aviso de que el Consejo se había reunido de nuevo interrumpió la conversación entre Loto y Alda.

Antes de salir del apartado, ella murmuró:

—War confía en vosotros, en la bondad de los seres de este habitáculo. De no ser así no me hubiera dejado en tus manos... Ocurra

lo que ocurra, manteneos siempre unidos. Las discrepancias sólo os conducirán al desastre.

—¿Dices que War confía en nosotros?

—Sí. Este es el habitáculo que ha elegido y vosotros sois la raza. Haz que lo entiendan todos.

Tras las enigmáticas palabras de Alda, Loto fue a reunirse con el resto del Consejo.

CAPITULO XIII

No había acuerdo.

Por primera vez en la memoria de los tiempos, las opiniones de los consejeros se hallaban divididas.

El jefe de la Seguridad Local era partidario de armar a todos los varones y convertir cada residencia en una fortaleza que pudiera autodefenderse.

El responsable de la producción de vehículos voladores estaba dispuesto a incrementar el trabajo de las fábricas para conseguir en breve tiempo una flota triple de la actual de bólidos de ataque.

El jefe de Armamento compartía la opinión de los otros dos consejeros.

—Vamos a producir a tope. Ahora mismo daré orden de probar las nuevas armas de largo alcance.

Por su parte, los celadores de la limpieza atmosférica se pronunciaban contra una posible guerra.

—Los rayos y la descarga de células mortíferas envenenarán la atmósfera —adujo.

Y de la misma opinión eran los científicos encargados de la salud pública.

Así, los investigadores y creadores del bienestar, gente del todo pacífica, propugnaban intentar un contacto con las mutaciones, un diálogo pacífico y de estudio.

Loto dijo que a su juicio lo mejor era seguir el consejo de War.

—War no es más que un extranjero. El nos trajo la desgracia —exclamó el jefe de la Defensa.

Por primera vez las voces subieron de tono en el Consejo.

El Coordinador pidió calma.

Loto añadió:

—Hay algo extraño en este hombre. El no nos trajo ninguna desgracia. Su paso entre nosotros nos sirvió de mucho. Quienes

estamos aquí le hemos alabado muchas veces.

—¡Esto es verdad! —arguyó un científico.

—Con él aprendíamos sin darnos cuenta las cosas que antes de su llegada nos parecían insolubles —terció otro.

—Fue un engaño. Un modo de ganar la confianza de todos mientras le acogimos —protestó el jefe de Armamento—. Y a cambio, ahora nos manda las mutaciones, para realizar sus experimentos.

—Esto es cierto —terció otro científico—. Loto ha pecado de ingenuo.

—Una vez más pido calma, señores. Discutiendo acaloradamente no llegaremos a ninguna parte —intervino nuevamente el Coordinador del Consejo.

—Tal vez yo sea un ingenuo, pero War no nos ha engañado, y no estoy de acuerdo que sea él quien experimente y nos envíe las mutaciones contra nosotros... Sé que si dijera mi impresión personal sólo serviría para hacer más contradictorios los juicios de todos los que ahora estamos aquí.

—Habla, Loto —pidió el Coordinador—. Si nos hallamos reunidos es para decir libremente lo que pensamos. Siempre lo hemos hecho así. Aun en los peores momentos.

—Me limitaré sólo a decir que War me aconsejó la búsqueda de otro habitáculo fuera de esta galaxia y que no lo dijo por azar. El sabe que es imposible combatir con las mutaciones. Lo sabe. Cree en nosotros.

—Creer en un extranjero que en la primera ocasión nos ha dejado, es de seres estúpidos, y en Taso siempre hemos demostrado una inteligencia cuyos frutos hemos recogido al salvamos de la catástrofe del Cosmos —replicó, tajante, el de la Seguridad.

No. No había entendimiento. Sólo bastaba el punto final, que era poner las fichas en el cerebro para que tras computar los datos ofreciera la mejor de las soluciones expuestas, tal y como era norma tras cada reunión.

Cada uno pasó ante el cerebro e introdujo su ficha correspondiente.

Una tras otra, las veintitrés cartulinas metálicas fueron depositadas en el interior de la máquina, que comenzó su trabajo ante

la impaciencia general. Una impaciencia pocas veces registrada.

Por fin en la pantalla reproductora de datos surgió la respuesta.

«Situación límite. Manténganse unidos.»

No había más datos.

—¡Esto no es una respuesta! —exclamó el de la Seguridad—. Hay que insistir.

La insistencia no sirvió de nada. El cerebro, tras repetir su veredicto, anunció:

«Emergencia desconocida. Faltan datos.»

Un silencio impresionante se enseñoreó por toda la sala del Consejo. Unos miraban a los otros. También por primera vez se hallaban sin la protección del consejo siempre certero del cerebro.

Todo estaba como antes y el acuerdo entre todos parecía imposible.

El zumbido de la alarma sacó a todos de sus pesimistas cavilaciones.

La parte transmisora del cerebro anunció la emergencia:

«¡Peligro, ataque, ataque!»

La voz de los vigilantes de la base informaron:

—¡Llamada de los vigilantes del laboratorio! ¡Han sido atacados!

El Coordinador pidió todos los detalles.

—Se ignoran por completo. Han dejado de transmitir. Nadie contesta nuestras llamadas.

—Sigan intentándolo —cortó el Coordinador.

—La situación se agrava. Dispondré de todos los hombres —asumió el jefe de la Seguridad.

—Sería lanzarlos a la desaparición —adujo Loto.

—Este no es asunto suyo, Loto.

—¡Conozco sus armas! —terció el piloto—. Es imposible combatir contra ellas. Utilizan la paralización. Lo he experimentado por mí

mismo.

—Disponemos de rayos y células letales —recordó el de los armamentos.

—De nada sirven. Sus naves son invulnerables. De veras, señor. —Y Loto se dirigió al Coordinador—. Impida que se produzcan nuevos sacrificios. Son invencibles.

—¡No podemos permanecer quietos mientras aniquilan a nuestra gente! —protestó el jefe de la Seguridad.

—Sí, Tako —asintió el Coordinador—. Tienes razón, pero Loto también la tiene.

—A mi juicio, es necesario mantenerlos alejados de Nueva-Taso —terció el jefe de los vehículos voladores—. Unas cuantas naves podrían ser lanzadas para servir de cebo y mientras tanto podríamos organizamos.

—Permítame ir a mí, señor —intervino Loto nuevamente.

—Tú no eres un combatiente —terció el Coordinador.

—No es un combatiente lo que se necesita, señor, sino alguien hábil para distraerles. Si lo que necesitan es tiempo lo tendrán, pero no manden más hombres inútilmente. Les aseguro que no me limitaré a corretear por el espacio, quizá encuentre la solución…

—¿Qué te propones? —preguntó el Coordinador.

—Déjeme a mí, señor. Necesito su confianza.

—Siempre la tuviste.

—¿Me concede permiso?

—Concedido.

—¿Qué nave vas a utilizar? —preguntó entonces el jefe de la base.

—Una igual que las suyas —repuso Loto, dispuesto a llevar a cabo su plan.

En su mente germinaba una idea. La única viable para evitar la hecatombe que se cernía sobre Nueva- Taso.

CAPITULO XIV

—Necesito la ruta de Laber, Alda —pidió Loto en el apartado de la muchacha.

—No puedes volver allí —murmuró ella.

—Debo hacerlo. Quiero hablar con War. Necesito una prueba de que encontraremos un nuevo habitáculo sin dificultades. Algo con lo que pueda convencer a los demás.

—No ha habido acuerdo, ¿verdad? —preguntó ella, refiriéndose al Consejo.

—Ni acuerdo ni unión. Son partidarios del ataque.

—Eso sería inútil.

—Ya lo sé. Pero no quieren creerme. Por eso necesito comunicarme con War, y al mismo tiempo atraerme las mutaciones.

—Es una locura.

—No podrán hacerme nada. Utilizaré tu nave.

—No sabemos con qué armas cuentan. Pueden haber ideado la forma de paralizar nuestras propias naves, de atacarlas o destruirlas. Es una situación nueva.

—Debo afrontarla por el bien de Nueva-Taso. War tiene que saber dónde podemos dirigirnos... O acaso indicarme cuál es el punto débil de esos seres. Serán vulnerables por alguna parte. Existirán una clase de armas para combatirlos. ¡No son insuperables!

—Sí, Loto. Están hechos a semejanza de War. Son criaturas. Son invulnerables como él.

—Trata de ponerte en contacto con War. Dile que voy a su encuentro. Explícale la situación. Si él no desea el mal nos ayudará, o dejaré de creer en sus excepcionales poderes.

Ella sonrió con dulzura y comprensión. Parecía una mujer resignada a su nuevo destino.

—¿Acaso crees que no lo he intentado? Ahora pertenezco a tu mundo y tengo el deber de ayudar en lo que pueda.

—¿Has intentado comunicarte con él?

Alda asintió nuevamente y añadió:

—Sí. Lo he estado intentando desde que mis sentidos despertaron otra vez. Pero War no contesta. Se despidió de nosotros. Su mutismo sólo significa una cosa: Peligro. No puedes ir.

—Es el último recurso que tengo, Alda. Intenta comprenderme. He empeñado mi palabra en el Consejo. He dicho que trataría de hallar la solución. Quiero la ruta. Tú la conoces...

Ella guardó silencio.

—Está bien —aceptó Loto—. Me iré de todos modos. La encontraré.

Se dispuso a abandonar el apartado. Ella gritó:

—¡No!

—Lo siento. Debo hacerlo.

—Nunca la encontrarás. No lo hagas.

Pero ante la firme decisión de Loto, ella comprendió que nada podría detenerle.

—Iré contigo.

—¡Ah, no! Eso no.

—Yo puedo ayudarte.

—War me hizo responsable de ti. No puedo exponerte.

Ella dudó un momento. Avanzó hacia él. Los dos permanecieron silenciosos unos instantes.

—Está bien. Eres íntegro en tus decisiones, fiel a ti mismo. War no se equivocó al confiar en ti. Yo te mostraré la ruta.

* * *

Loto tripulaba la nave neumática cerca del laboratorio espacial. Dio un par de pasadas a los detectores sin percibir la menor señal de vida.

Informó a la base.

—No hay rastro de vida. Puedo asegurar que en el laboratorio no queda nadie.

—¿Qué hay de los hombres? —preguntaron desde la base.

—Desgraciadamente, tampoco queda rastro de ellos, ni de sus naves.

—Díganos cuál es su destino.

—Me mantendré en contacto siempre que pueda —informó Loto por toda respuesta.

—Si descubre las mutaciones, avise; no se exponga, es una orden personal del Coordinador.

Loto sonrió débilmente y cortó la transmisión.

Se había familiarizado con la nueva nave y la lanzó prácticamente a tope para seguir la ruta hacia Laber, de acuerdo con las instrucciones de Alda.

En realidad, el bólido no tenía un límite concreto, pero la velocidad dada por Loto era suficiente para alcanzar su meta en escaso tiempo.

Al cabo de un rato sobrepasó los límites de los vuelos normales y se adentró en los confines de la región. Eran las fronteras invisibles del sistema de vida a que pertenecía Nueva-Taso.

Ni los detectores, ni la panorámica que le era dado observar a través del cristal opaco, anunciaban la proximidad de ningún otro objeto volante.

La tranquilidad de aquel viaje, sin embargo, tocó a su fin cuando el receptor emitió unos extraños sonidos.

Buscó la traducción sin hallarla, hasta que de pronto en el cristal aparecieron los objetos.

Eran tres naves idénticas a la suya que evolucionaban a una distancia relativa, puesto que la aproximación y el alejamiento de los vehículos podía producirse en un margen de tiempo escasísimo.

Una de las naves avanzó rauda hacia la suya. Loto mantuvo la posición, y una fracción de tiempo más tarde, el otro bólido pasó casi rozando por encima.

En la pantalla del cristal opaco no se había registrado en absoluto

el rostro del piloto.

Buscó la posición del bólido que acababa de cruzársele, a fin de graduar el cristal y tratar de averiguar cuál era y sobre todo «cómo» era su piloto.

Cuando alcanzó al bólido, la pantalla tampoco reflejó la imagen que Loto deseaba ver.

Igual ocurrió con las otras dos naves que habían quedado alejadas flotando en el espacio.

En ninguna de ellas aparecía rostro alguno. Era como ¡si volaran sin piloto!

—No puede ser —murmuró Loto, expresando su opinión personal —. Estoy seguro que son las mutaciones.

De repente, aparecieron los otros dos bólidos avanzando en formación, a idéntica velocidad, hacia él.

Otra vez Loto mantuvo la posición, con los nervios tensos.

¿Se proponían estrellarse?

—No… No pueden hacerlo. Seguro que ellos también pagarían las consecuencias.

Las naves se aproximaban sin separarse. ¡Iban de frente! Cerca, muy cerca ya.

Cuando la colisión parecía inevitable, se separaron pasando una a cada lado de Loto.

—Son pasadas de reconocimiento —grabó Loto—. Saben que no pertenezco a su raza, que no soy de los suyos; sin embargo, no parecían dispuestas a atacar, al menos por el momento.

Loto observó que los tres vehículos se habían alejado por la parte trasera, de acuerdo con su posición.

Varió levemente el plano sobre el que volaba y buscó nuevamente a través de la pantalla. Como siempre, ninguna imagen se reflejó al principio, pero luego tuvo la sensación de que algo se movía.

—¿Qué será…? —inquirió, intentando graduar mejor la visión de la pantalla.

Los bólidos se alejaron rápidamente a una velocidad increíble y

Loto comprobó que seguían su mismo rumbo, pero a un ritmo vertiginoso.

—Quisiera saber lo que están tramando —y aumentó también su ritmo de vuelo al mismo tiempo que pasaba a informar a la base. Con el transmisor de aquel bólido, la comunicación era posible aun a pesar de la distancia—: Son tres. No he podido ver a los ocupantes, pero cada uno conduce una nave. Ignoro cuántos viajan dentro de ella. Tratándose de seres normales, el vehículo es biplaza, pero repito que ignoro las características físicas de esos seres. Les estoy siguiendo. Van por delante.

Dio su posición, totalmente desconocida en la base. Al cortar, añadió:

—Seguiré informando.

La proximidad de Laber quedó reflejada en el detector. ¡Había llegado!

Intentó ponerse en contacto con War, aunque mentalmente pensó que el profesor ya debía haber detectado su presencia.

Fue entonces cuando volvieron a aparecer las naves. Y no eran tres precisamente…

Contó seis, luego diez… El número iba creciendo. Luego se convirtió en todo un ejército.

Un verdadero enjambre se dirigía hacia él. Loto siguió el rumbo, pero por primera vez comprendió que estaba de lleno en el peligro.

Entonces las naves comenzaron a rodear su bólido, formando un círculo a su alrededor. ¡Le estaban acorralando!

CAPITULO XV

En la base aguardaban impacientes nueva información del piloto.

Loto, por su parte, permanecía atento a sus enemigos. Ningún rostro aparecía por la pantalla. Evolucionó en el estrecho espacio de que disponía para buscar una posición que le permitiese la salida. Pero no encontró ningún hueco, so pena de estrellarse contra alguno de los bólidos.

Comunicó su situación con la base.

—Creo que dentro del bólido soy tan invulnerable como ellos, pero temo que estén buscando el método de atacarme. No puedo saber su número. Hay más de cien, y teniendo en cuenta su poder bastan y' sobran para acabar con nuestro habitáculo.

El poder de captación de su receptor le permitió escuchar los invariables consejos.

—No se exponga inútilmente. Díganos si ve posibilidades de que podamos ayudarle.

—No. De ningún modo. No podrían llegar hasta donde estoy. Seguiré informando... Si puedo.

Sin perder la posición y después de cortar su mensaje con Nueva-Taso, Loto trató de ser escuchado por War.

—Sabe que estoy aquí, War, y sabe también por lo que he venido. Usted puede leer en los cerebros ajenos. Nueva-Taso necesita su ayuda. Hay muchos seres inocentes en nuestro habitáculo que siempre han deseado la paz. Somos impotentes ante ese ejército de mutaciones. Ayúdenos, War... Intentaré llegar hasta usted. No temo las consecuencias si ello me permite ayudar a los míos.

Esperó una respuesta. War no necesitaba de transmisores para hacer llegar su voz. Pero la respuesta no se produjo.

—War... Sé que está ahí. No puede abandonarnos... Utilice su poder, sólo necesitamos de un lugar seguro. Indíquenos el camino.

La respuesta tampoco llegó en esa segunda ocasión.

Loto miró en derredor. Las naves idénticas a la suya seguían danzando en círculo, impidiendo a la suya toda maniobra. La

situación parecía estacionaria y Loto sintió que necesitaba una de las tabletas energéticas para mantenerse en forma y no perder ni un ápice de sus reflejos.

¿Cómo terminaría aquello?

¿Acaso le estaban sitiando en espera de agotar todas sus fuentes de energía?

¿Qué ocurriría cuando Loto se quedara sin tabletas para poder mantener su vigor?

—Quizá sea esto lo que están esperando… Tengo bastantes provisiones, pero… ellos no tienen prisa. Sí. Tiene que ser esto.

Tuvo una idea que transmitió rápidamente.

—Ahora sé que puedo mantenerlos por bastante tiempo, tanto como me permitan mis subsistencias. Voy a racionarlas convenientemente. Aprovechen cada partícula de ese tiempo para hacer los preparativos de evacuación. Es la gran oportunidad.

—Su propuesta debe ser consultada, Loto —dijo la voz de la base.

—Quiero hablar directamente con el Coordinador. Es necesario que hagan lo que les digo. Mientras tanto intentaré averiguar el punto de destino a que han de dirigirse.

Poco después habló el Coordinador.

—No hay acuerdo, Loto. Sé que está sacrificándose por todos. Pero aquí las opiniones siguen divididas. El pánico ha cundido. Estamos intentando restablecer el orden.

—Comprendo. Lo que tanto temía Alda se ha producido. El mismo cerebro lo advirtió. Ahora más que nunca es necesaria la unidad.

—Sí, Loto, lo sé, pero… —Un ruido extraño se produjo en el transmisor, algo como un quejido.

A continuación alguien gritó:

—¿Qué ocurre ahí abajo? —preguntó insistentemente Loto.

No obtuvo respuesta. Unos ruidos imprecisos continuaban llegando hasta él.

—¡Contesten! ¡Contesten! ¿Qué ocurre?

Silencio.

Loto presintió algo grave.

Y mientras seguía atento a la evolución de las naves de sus enemigos intentaba restablecer la escucha.

Por fin habló el jefe de la Defensa Local.

—El Coordinador ha recibido un rayo letal.

—¿Eh? ¡No es posible! —gritó Loto desde la nave.

—Lo siento. Loto. Hay un motín. El habitáculo está dividido, la gente lucha por las calles.

—Pero, pero… ¡Han fulminado al Coordinador! ¿Qué medidas piensan tomar? ¡Conteste, Tako! ¡Conteste!

La respuesta fue:

—Tendrá que arreglárselas solo, Loto. Usted ha decidido su propio destino. Aquí decidiremos el nuestro —y cortó la comunicación.

El piloto estaba consternado. Miró al exterior y vio a sus enemigos rodeándole. Aguardando a que sus fuerzas se debilitaran.

Luego pensó en Nueva-Taso y en lo estéril de su sacrificio. Posiblemente iba a perecer sin provecho para nadie.

El círculo de sus enemigos continuó estrechándose. Se sintió débil y precisó de una nueva tableta para no perder el poder de reflexionar.

Era aquel mundo distinto, tal vez la fatiga y la tensión de aquel vuelo extraordinario eran los que minaban más de prisa de lo corriente su necesidad de reponer energías.

Engulló la tableta y notó que era insuficiente, como si una fuerza oculta, superior a la suya, le dominara.

«Son ellos… Las mutaciones», pensó.

CAPITULO XVI

Ignoraba el tiempo que había transcurrido. La cabeza le pesaba horriblemente y temía que el sueño llegara a vencerle. Dormido podía pasar cualquier cosa.

Tomó otro par de tabletas. Su caja de provisiones energéticas se había vaciado más de lo habitual, y él luchaba consigo mismo para mantener su firmeza, su vigor y la plenitud de sus reflejos.

Las naves seguían allí y Loto sabía que cada ser que las ocupaba estaba pendiente de él. Porque las mutaciones «sí» podían verle a través de la pantalla.

Quiso saber de nuevo la situación de Nueva-Taso y estableció la comunicación.

La respuesta fue descorazonadora.

—Soy Ardan, jefe de la base. Estoy contigo, Loto. Creo que es necesario evacuar y algunos están de acuerdo. Intento preparar las naves disponibles, pero el jefe Tako se opone. Ha dado orden de fulminar a toda nave que intente huir. Quiere conseguir la unión por la fuerza.

—¿Quién ocupa el cargo de Coordinador? —preguntó Loto.

—Tako. Se ha erigido en jefe supremo. Woky, del armamento; y Wolk, de los vehículos voladores, le secundan. Ya no hay Consejo. Debo cortar, Loto.

—Un momento... ¿Cómo está Alda?

—No lo sé.

La conexión quedó cortada y Loto estableció contacto con el apartado de la muchacha. Permaneció a la escucha sin obtener ninguna respuesta.

—¡Alda, Alda! —exclamó.

Pero el receptor continuaba mudo.

—No. Ella no... No tiene nada que ver. Yo debería protegerla... ¡War! Tú me pediste que cuidara de ella. He intentado hacerlo... Contesta, War...

El silencio en la pequeña nave neumática se hizo más denso. Fuera seguía el peligro.

Loto sacó su caja de tabletas. Sólo le quedaban cuatro y necesitaba dos para reponerse.

¿Cuánto tiempo llevaba sitiado? Casi había olvidado que en el espacio no cuenta en absoluto el factor tiempo.

Las dos tabletas apenas le permitieron reaccionar, pero necesitaba de todo su vigor, de todos sus reflejos.

—Voy a salir de aquí, como sea —dijo en voz alta.

Fue entonces cuando surgió la voz de War con su resonancia característica, cual si emanara de algún lugar profundo.

—¿Crees que vale la pena tu sacrificio, Loto? Estabas dispuesto a perecer dando tiempo a los demás para que pudieran salvarse, pero lejos de creer en la evidencia, luchan entre sí. No merecen tu esfuerzo ni tu sacrificio, Loto.

Tras un silencio, War añadió:

—Ellos tuvieron la evidencia de que se enfrentaban ante fuerzas invencibles.

—No hay fuerzas invencibles. Tú debes saberlo. Las mutaciones poseen un punto débil. Tienen que ser vulnerables por alguna parte.

—Toda criatura viviente tiene su punto débil, pero esto eres tú, sois vosotros quienes debéis descubrirlo, y ese descubrimiento sólo podría llevaros a la destrucción. Ya es tiempo que los seres dejen de pensar en guerras, en aniquilarse. Lo prudente era ir a otro habitáculo. Los hay. Voy a marcarte la ruta, Loto.

—Sí, sí. Le escucho.

En la pantalla quedaron trazados unos signos. La voz del profesor prosiguió:

—Está muy lejos, pero no tendréis problema en llegar. Es una galaxia ni mejor ni peor que otras, pero el planeta que te propongo es hermoso. Tendréis que reconstruirlo, porque sus seres se empeñaron en destruirlo en aras del progreso. Allí hallaréis enseñanzas que podréis transmitir a vuestros descendientes, y ojalá les sirvan de ejemplo y lección.

—Gracias, War. Gracias. Lo primero que haré será salvar a Alda y a todos los que quieran seguirme, pero temo que no habrá una nave lo suficiente grande para llevarlos a todos.

—Si piensas, Loto, encontrarás el medio; pero date prisa, antes de que se autodestruyan.

—War… Un último ruego. Dime el modo de salir de aquí. Me están cercando y mis fuerzas pueden traicionarme.

—Esto ya es cosa tuya, Loto. Pero debes darte prisa. Es importante que te des prisa. Buena suerte. Y construid un habitáculo mejor.

La voz de War dejó de oírse. El piloto volvió a encontrarse solo.

A la prisa que le había urgido el profesor se unía la suya propia para averiguar qué había podido ocurrirle a Alda.

Allí en torno suyo continuaba el círculo sitiador.

—Voy a salir, aunque tenga que estrellarme contra alguno de vosotros. Sé que podéis entenderme. Apartaos ya, bestias del espacio. ¡Apartaos!

Pulsó la palanca para imprimir la velocidad de arranque lanzándose contra el círculo de bólidos.

Todos a una, los invisibles pilotos de las naves formaron una muralla para taparle por completo el paso.

De pronto surgió la idea. Cambiar de rumbo antes de producirse el choque. Era una de las facilidades que ofrecía el vehículo neumático.

Loto varió la posición de la nave en el último instante para elevarla por encima de la muralla.

Los invisibles pilotos reaccionaron, y como un enjambre subieron más altos para formar una especie de techo.

Loto vio el hueco suficiente para pasar bajo ellos y sin dudarlo maniobró.

Los «otros» parecían adivinar sus pensamientos, porque anticipándose en fracciones incalculables de tiempo formaron una cuña cerrándole la salida.

Loto empezaba a aprender la forma de actuar de sus enemigos y

sus rápidas anticipaciones. Y en una lucha constante de inteligencias, frenó el vehículo haciendo un amago de descender.

Las mutaciones habían cubierto la parte baja. Era justo lo que Loto esperaba, porque tenía la palanca

de avance en la mano y tiró de ella saliendo despedido.

¡Los había burlado!

Ahora le seguían como un enjambre todos juntos tras él, abriéndose a ambos lados con la intención de rebasarle.

Aceleró aún más, alcanzando cotas de velocidad jamás imaginadas, pero los otros, con el mismo poder y mayor experiencia en la conducción de aquellos bólidos, pugnaban por adelantarle.

En medio de aquella pugna tremenda, Loto pensó que aquella carrera inenarrable en pleno espacio atraía a las mutaciones hacia Nueva-Taso, lo cual resultaba un serio peligro para los que deseaban salvarse. Incluso para Alda.

Pero, ¿dónde estaba Alda?

CAPITULO XVII

Alda, con su predisposición especial, había captado los mensajes llegados desde el bólido de Loto. Había percibido la voz de War en la lejanía y supo lo que tenía que hacer.

En aquellos momentos la muchacha intentaba agrupar a los inocentes deseosos de abandonar el habitáculo. Su forma de hablar había ganado la confianza de quienes sólo deseaban vivir en paz.

Pero la caótica situación de Nueva-Taso constituía un serio peligro. La orden del jefe Tako, convertido en Coordinador supremo y dictador absoluto, era tajante:

—¡Que nadie abandone sus apartados! ¡Los que sean vistos fuera de los habitáculos serán fulminados! Todos los varones útiles deben dirigirse a la fábrica de armamentos para ser provistos de las correspondientes defensas. Quien se niegue a cumplir las órdenes será fulminado.

Era la ley del pánico, pero Alda no se había arredrado. En uno de los apartados de los científicos que en su momento fueron más adictos a War, se había reunido con tres de los profesores que más admiraban a aquel hombre extraño capaz de transmitir a distancia sus pensamientos.

—Si ustedes me ayudan, podremos salvar a un buen número de familias.

—Pero, ¿cómo las sacaremos de aquí? Nos exponemos a que nos fulminen a todos. Tako no bromea —advirtió Wikey, el más veterano y número uno de los científicos que luchaban en aras del progreso.

—Necesitamos un lugar para esconderlos. Yo sé dónde está este lugar, pero primero hará falta disponer de una nave...

—¿Dónde piensa llevarlos? —preguntó Wikey.

—Sólo hay un sitio. Piensen. El laboratorio.

—¿El laboratorio espacial? ¿Olvida las mutaciones? Sería como ir derechos a la aniquilación.

—No. Loto informó que no había nadie. El dispone de detectores especiales para saberlo... Además, no me pregunten. Sé dónde está

ahora Loto. No tardará en llegar, pero con él vendrán también las mutaciones y será el fin para todos. No nos queda mucho tiempo.

—Podemos armarnos y hacer frente a Tako y los suyos —terció Larben, otro de los científicos—. Es un caso de emergencia, si se nos niega el derecho de auto- determinarnos, nosotros podemos usar el de defendernos.

—Es mejor evitar los enfrentamientos —adujo Alda—. Así me lo enseñaron. La inteligencia siempre ha vencido a la fuerza, por superior que ésta sea.

—Está bien, Alda. Si cree que el laboratorio es seguro.

—De momento lo será. Estoy segura. Ahora falta llevar hasta allí a la gente.

El problema era arduo, pero los tres profesores tenían varios adeptos dispuestos a ayudarles.

Pero el factor tiempo era de vital importancia, porque Loto se estaba aproximando por momentos y con él todo aquel enjambre de mutaciones que le acompañaban en su loca carrera.

* * *

Sí, la carrera proseguía y Loto, sin perder de vista a sus enemigos, transmitió un mensaje.

—Es importante que se prevengan. Las mutaciones no tardarán en invadir Nueva-Taso, puedo entretenerlas. Quien quiera salvarse todavía tiene tiempo.

La contestación provino de Tako.

—He dado orden terminante de abandonar el habitáculo. Lo defenderemos a toda costa. Le prohíbo que incite a la gente, Loto, o cuando regrese pagará las consecuencias. Está advertido.

Se cerró la comunicación, pero en seguida se reanudó. La que habló era Alda.

—Loto. Estoy intentando salvar a los inocentes. Nos dirigiremos hacia el laboratorio espacial.

—Es muy peligroso, Alda.

—Tenemos que correr el riesgo. Sólo necesitamos algún tiempo.

—Lo tendrás, Alda… ¿Cómo estás?

—Estoy perfectamente, Loto, y deseo ser útil.

—Está bien… Pero convendría que en adelante utilizáramos alguna clave. «Ellos» captan perfectamente nuestros mensajes.

—Sí, Loto, pero mientras tú estés en el espacio no podrán dejar de seguirte.

—¿Por qué?

—Tu nave, Loto, es la de War —y Alda cerró la comunicación.

Los ojos del piloto se agrandaron. ¡La nave de War! Con ella era superior a sus adversarios, y comprendió que éstos sólo tendrían poder sobre él en el caso de que sus fuerzas se debilitaran.

Notaba que estaba necesitando de los estimulantes energéticos, pero recordó que sólo le quedaban dos únicas tabletas y se dispuso a aguantar hasta el límite.

«¡La nave de War!», pensó de nuevo, y en seguida se dispuso a ganar tiempo describiendo un círculo como si pretendiera dar marcha atrás para regresar a Laber.

Sus enemigos, como atraídos por la fuerza de la nave, variaron el rumbo para seguirle y Loto volvió a evolucionar obligándoles a describir extrañas cabriolas en el aire y desplazarse de un lugar a otro.

El continuo movimiento y la tensión a que estaba sometido mermaba sus fuerzas, pero Loto sabía que debía seguir, seguir…

* * *

Algunos de los hombres adictos a los tres profesores consiguieron burlar la vigilancia llevando consigo a varias hembras. Alda resolvió esconder a la gente en la sala del Consejo.

—Es el único lugar donde no les buscarán.

—Excelente sitio —adujo Wikey—. Hay un hangar especial en el subterráneo para casos de emergencia. ¡Y dos naves!

—Entonces llévenlos hasta ellas y carguen la primera. Necesitamos un piloto.

—¡Yo! —exclamó uno de los adictos.

La operación rescate continuaba, pero para abandonar el habitáculo era necesario burlar la vigilancia. Larben advirtió:

—En cuanto vean partir una nave la fulminarán.

—No. Loto nos ayudará —sentenció Alda.

* * *

Loto, por su parte, estaba haciendo un tremendo esfuerzo para evitar consumir las últimas tabletas. Las evoluciones en el espacio seguían a ritmo acelerado, irresistible.

—Alda —comunicó.

Ella captó el mensaje por medio de un transmisor individual. Esperaba la llamada.

—Loto, estamos dispuestos para hacer un primer envío.

—Está bien. Voy a atraer a las mutaciones sobre el habitáculo. Si como dices sólo me seguirán, la gente no sufrirá las consecuencias. Creo que con ello llamaré la atención de los hombres de Tako.

—Es una idea excelente, Loto.

—Suerte, Alda —y el piloto cortó la comunicación poniendo rumbo rápidamente hacia Nueva-Taso.

Cruzó como una exhalación la zona del laboratorio. El enjambre de enemigos corría paralelamente a él. Intentaban frenar su marcha, pero Loto conseguía siempre anticiparse. A veces su bólido perdía altura obligando a los «otros» a maniobrar, a continuación aceleraba rápido con lo que retrasaba a sus enemigos.

La vista del planeta no se hizo esperar, aunque ningún detector de los usuales en Nueva-Taso anunció la presencia de los bólidos hasta que éstos sobrevolaban prácticamente el satélite que un día había sido la salvación para convertirse posteriormente en escenario de una lucha fratricida.

—¡Allí están! —gritó uno de los oficiales de Tako.

—Ahora probaremos nuestras armas. Orden de ataque —gritó el humanoide que se había constituido en dictador.

Los cañones provistos con carga de rayo entraron en acción buscando a las naves.

Cuando uno de los rayos alcanzaba la carlinga neumática, el efecto era fatal para quienes lo habían disparado. El fuego procedente de la aleación parecía concentrarse para salir impulsado contra el habitáculo, y los propios rayos destruían los barracones blindados de las defensas del satélite.

—Nos estamos destruyendo nosotros mismos —advirtió un oficial.

Una llamarada pulverizó una pequeña fortaleza que era considerada como invulnerable.

—¡Son invencibles! —exclamó otro oficial abandonando su puesto—. Loto tenía razón. Es inútil luchar, jamás podremos destruirles. Los que quieran seguirme que vengan.

—¡No! —ordenó Tako, que controlaba a todos desde la base central y podía escuchar las opiniones—. El que no obedezca será fulminado.

—¡No es justo, Tako! Estamos expuestos a perecer.

—¡Fulminad el barracón! ¡Nadie escapará!

El oficial rebelde ordenó fuego contra la base central.

Desde una atalaya del salón del Gran Consejo, Wikey observaba el panorama.

—Se están destruyendo a sí mismos. Es como si hubiesen perdido la razón.

—La han perdido, Wikey… Vamos. La primera nave está dispuesta. Es la ocasión. Ahora están demasiado atareados eliminándose entre sí para que puedan observar nuestra marcha.

Instantes después la nave emergía del hangar subterráneo elevándose a través del hueco especial para casos de emergencia.

Tal y como había predicho Alda, los demás estaban demasiado atareados para advertir la fuga de la nave.

Pero faltaba mucha gente por sacar y Loto iba consumiendo sus energías. Sin embargo, prosiguió infatigable, mientras a sus plantas los rayos se entrecruzaban. En todas partes ardían hogueras destruyendo barracones, habitáculos enteros y haciendo tambalear la estabilidad del satélite.

—Conseguirán hundirlo todo —murmuró Wikey.

Alguien anunció:

—El segundo cargamento está dispuesto.

En aquel instante el satélite se resquebrajó. El griterío se extendió cuando habitáculos enteros se sumergieron entre las enormes grietas.

Loto frenó su marcha y tomó sus dos últimas tabletas.

—¡Seguid disparando contra las naves! —ordenó el jefe Tako.

—¡Escuche, Tako! —advirtió Loto desde la nave—. Creo que ha podido darse cuenta de que es inútil todo intento. Salve aún lo que pueda.

—¡Le aniquilaré, Loto! ¡Le aniquilaré! —aseguró el dictador.

CAPITULO XVIII

El segundo contingente de evacuados llegó al laboratorio espacial cuando la primera de las naves regresaba en busca de otras personas.

Su paso fue detectado.

—¡Le han descubierto! —exclamó Wikey.

Alda, con su transmisor, quiso advertir al piloto de la nave para que evitara los impactos.

—Cuidado. Regresa al laboratorio.

Fue demasiado tarde. Una lluvia de rayos alcanzó de pleno la nave, que quedó materialmente pulverizada.

—Sólo disponemos de una y no nos queda mucho tiempo.

Loto había advertido lo que acababa de suceder y dirigió su nave contra el centro vital de la inútil defensa.

—Esto es demasiado, Tako —exclamó en voz alta.

—¡Es la nave de Loto! ¡Acaben con ella! —gritó Tako.

Una concentración de rayos buscó el fuselaje neumático, pero la proximidad del resto de las naves repitió lo que ya había ocurrido antes. Los rayos, al chocar contra el material indestructible acentuando su poder, se revolvieron contra los atacantes.

Una gran llamarada envolvió los edificios destinados a defensa. Uno de los ayudantes de Tako, ex miembro del Consejo, cayó con los que se hallaban a su lado.

El otro ayudante, asustado de veras, abandonó el puesto escapando por el exterior, al tiempo que gritaba:

—¡Es el fin! ¡Es el fin…!

Una bola de fuego cayó encima del hombre, ahogando sus últimas palabras.

Todo el satélite parecía estar ardiendo, sólo el edificio del Gran Consejo y la atalaya quedaban en pie.

La segunda nave intentó descender. Loto comprendió que si era

destruida Alda no podría salir de allí, y por encima de todo quería salvarla. Era ella la razón, la única razón de aquel esfuerzo gigantesco que estaba realizando.

Se alejó lo que pudo para atraer los disparos hacia otro lado. Tako todavía no se había dado por vencido, pero desde el observatorio de la base, los detectores, al anunciar la presencia de la nave, dieron la alarma.

—¡Otra nave! —exclamó el encargado para advertir a Tako.

—¡Destrúyanla! —fue la orden.

Rápidamente, Loto dirigió su bólido hacia la nave de Nueva-Taso para actuar de pantalla protectora. Evolucionó mientras desde abajo una lluvia de fuego intentaba abatirla.

Los rayos, al estrellarse en la carlinga del vehículo de Loto, revertieron en su origen.

—¡De prisa! —advirtió Loto al piloto. Y luego comunicó con Alda para informar—: Es el último viaje, Alda. Salva a los que puedas. Hemos hecho todo lo posible.

—Sí, Loto. Procura proteger la nave cuando regrese al laboratorio.

—Ten por seguro que lo haré.

Alguien había advertido que la nave se dirigía al hangar subterráneo y Tako se dispuso a impedirlo.

—¡Arrasad el edificio! No importa que no quede nada. Pereceremos todos si es necesario.

El mismo Tako se dirigió hacia uno de los cañones dispuesto a manipularlo.

Loto advirtió lo que el dictador se proponía y lanzó su bólido hacia el cañón.

Era una lucha en distintos frentes. Sus reflejos tenían que trabajar con una actividad al límite de las fuerzas del ser mejor dotado, pero el piloto no quería fracasar en el último instante.

—¡Cuidado! —advirtió alguien a Tako, al ver aproximarse el bólido.

Tako abandonó la posición antes de disparar. Loto le perseguía

casi a ras de suelo. Alguien disparó y el efecto normal de los rayos aniquiló la posición.

Tako había entrado en uno de los barracones y a través de él, por los pasadizos de emergencia, se dirigía hacia el edificio del Consejo.

—Acabaré personalmente con todos —advirtió—. Cubran todas las salidas del Consejo.

Corría dando órdenes con su transmisor individual.

Loto sobrevoló la zona e informó a Alda:

—De prisa, de prisa; Tako viene hacia vosotros. Estad prevenidos.

—Ya lo sabemos, Loto —repuso Alda, ayudando a los últimos evacuados a subir a la nave.

Tako estaba ya muy cerca del edificio. Iba armado con dos poderosos cañones.

Loto disponía de un arma, pero para usarla tenía que abandonar la nave, y si lo hacía corría el riesgo de perder todo su poder contra sus enemigos.

Comprendió que Tako habría ya llegado y estaría descendiendo hasta el hangar subterráneo donde Alda, ayudada por Wikey, había sido la última en subir.

—¡Ya podemos partir! —dijo el profesor.

El piloto se dispuso a hacerlo, cuando Tako estaba ya en el último corredor camino del hangar.

¡Algo estaba fallando en el sistema de combustión porque la nave no arrancaba!

—Hay un desgaste en la batería. He gastado demasiado combustible —dijo el piloto—. Es inútil despegar.

Tako corría desesperadamente por el corredor. La nave estaba al final en la sala subterránea. Inmóvil.

—¿Qué sucede? —inquirió Loto desde la nave.

—Algo está fallando. Loto. No podemos salir de aquí —repuso Alda.

Loto comprendió que Tako estaría ya muy próximo. En realidad,

únicamente le faltaban recorrer unos pocos metros. Tenía que hacer algo.

Lanzóse contra la atalaya encristalada del edificio, que al contacto con la nave neumática estalló.

Loto dejó que el peso de la nave derrumbara el suelo de la sala del Consejo. El edificio se tambaleó y los paneles metálicos comenzaron a desmoronarse.

Tako vio impedido su paso por un bloque que cortó su avance.

Furioso, descargó su cañón contra el bloque, cuando el piloto preparaba sus armas defensivas.

Loto entró en barrena en el corredor, mientras en el exterior el edificio se desmoronaba como símbolo de la destrucción total.

Las naves que seguían implacables a Loto entraron en barrena contribuyendo al desmoronamiento general.

Una sorda explosión retumbó por todo el habitáculo.

—¡Nos hundimos! —gritó Wikey.

Y la nave seguía detenida.

—¡Conecta la fuerza, Loto! Tú puedes arrastramos —advirtió Alda.

Loto luchaba contra la ignorancia, porque todavía desconocía alguno de los poderes que encerraba su bólido.

La fuerza... , la fuerza... Era precisamente lo que le estaba faltando a él.

Y todo el satélite tremolaba en medio del hundimiento progresivo.

Tako había quedado encerrado entre los paneles. Sus disparos habían propagado el fuego.

Loto seguía buscando la fuerza...

Probó alguno de los botones y esperó instrucciones en la pantalla.

Ninguno de los pulsadores respondía a la señal. ¿Dónde estaba la fuerza de que le había hablado Alda?

Probó una de las palancas, y entonces escuchó el zumbido.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

Y en seguida, chocando contra las láminas que estallaban a su contacto, llegó hasta la nave colocándose en la parte superior. Una fuerza magnética atrajo al vehículo donde viajaban los últimos supervivientes.

—¡Funciona! —exclamó lleno de júbilo.

Con el poder de su bólido arrastró la otra nave que emergió con la última explosión.

Ya por los aires, todos pudieron ver el pavoroso espectáculo del satélite que había sido llamado Nueva- Taso, desaparecer tragado por el cosmos entre llamaradas y explosiones.

Tako encontró el fin que él mismo, con su temeridad, había provocado.

Pero no todo estaba resuelto. Quedaban un par de cosas, y la más urgente eran los bólidos de las mutaciones.

—¿Qué ocurrirá si paralizan la nave? —preguntó uno de los científicos.

Alda respondió algo que Loto ya había comprendido.

—No podrán mientras esté bajo la influencia de la nave de Loto —sonrió ella.

—Pero..., ¿y después? —inquirió Wikey—. ¿Qué ocurrirá cuando estemos en el laboratorio? ¿De qué forma alcanzaremos el habitáculo prometido?

CAPITULO XIX

Loto, en su marcha arrastrando magnéticamente la nave de Nueva-Taso, había dado con la clave.

—¡He descubierto que es posible poner el laboratorio espacial en marcha utilizándolo como una nave! —informó.

—¿Cómo? —preguntó Wikey—. Esto sería posible dotándolo de energía suficiente, o acaso… piensa arrastrarlo con su pequeño bólido…

—Este pequeño bólido está demostrando lo que vale, profesor. ¿O es que no se ha dado cuenta?

—Sí, Loto; pero, ¿y usted? ¿Podrá resistir el viaje?

—Necesitaré algunas vitaminas energéticas.

—¿Y cómo vamos a poder proporcionárselas? —preguntó Wikey.

—Ya buscaremos el medio.

Alda había guardado silencio. Su rostro se ensombreció, porque algo parecía oponerse al éxito final.

—¿Cree que será posible? —preguntó otro de los científicos, dirigiéndose a la muchacha.

—Me temo que no —fue la respuesta de Alda.

—¿Qué ocurrirá si Loto perece en su esfuerzo? —inquirió Wikey.

—No es justo que perezca. El lo ha hecho todo. Se ha arriesgado por todos y ha conseguido salvarnos. No. No es justo que perezca, pero si esto sucediera las mutaciones habrían triunfado, les bastaría impedirnos el paso, bloquear la nave, luego todos quedaríamos a su merced.

—Debe haber alguna solución para proveer a Loto de lo que necesite —advirtió otro de los científicos.

—El no puede abandonar la nave, pero alguien sí puede llegar hasta él… Y yo lo haré. Debo hacerlo.

—No. Usted ya ha hecho demasiado, Alda —objetó Wikey—. Es una hembra. Aquí siempre las hemos considerado como seres más

débiles y dignos de mayores cuidados. Usted se ha portado mejor que muchos varones. Ha demostrado valor. Su misión ha terminado. Deje esto para nosotros. Me gustaría tener el honor de ser yo quien llevara lo necesario a Loto, y estar con él durante el viaje por si necesita de mis cuidados.

El ex representante de la Salud Pública, salvado también, recabó para sí el derecho.

—Les estoy oyendo, señores —dijo Loto, próximo ya al laboratorio—. Pero ustedes no pueden correr el riesgo por socorrerme. Piensen que en el nuevo habitáculo al que nos dirigimos les necesitaremos. Wikey para que aporte su ciencia, y el doctor para que ayude a los posibles enfermos... Piensen que es un lugar destruido por sus mismos habitantes, nos espera una ardua labor.

—Entonces yo. Déjame a mí, Loto —intervino ella.

—No. Soy tu responsable. Recuérdalo.

—Loto... ¿A quién elegimos? —inquirió el doctor—. No podemos señalar a nadie. Nosotros estamos dispuestos a correr el riesgo.

—Aguantaré mientras pueda. Estamos llegando al laboratorio.

Lo que no dijo Loto es que estaba totalmente extenuado y ahora empezaba indudablemente la parte más difícil. La decisiva, que podía hacer fracasar la evacuación.

Entró atrayendo a la nave en el laboratorio y soltó la presión magnética para colocarse junto a la entrada y mantener a distancia los implacables perseguidores.

Desde su puesto advirtió que se diesen prisa en salir, advirtiendo que era necesario prescindir de la nave para quitar todo el lastre innecesario.

La operación de desalojar el vehículo se realizó rápidamente.

—Bien —dijo de nuevo Loto—. Ahora me llevaré la nave. Una vez haya salido, aseguren la puerta. Cierren totalmente.

Loto retrocedió para proceder al enganche magnético, y con él arrastró la nave que había llevado al laboratorio a los últimos supervivientes.

Se alejó y cortó rápidamente el fluido.

Sin la corriente magnética la nave quedó flotando brevemente, para desaparecer vertiginosamente en la inmensidad del cosmos.

En ese momento era cuando empezaba la operación final. Ahora, con su bólido, tenía que proporcionar la fuerza de arrastre suficiente para atraer a todo el laboratorio.

Fijó el rumbo sin perder de vista los intentos de acercamiento de sus enemigos y se colocó al frente desplegando la fuerza necesaria para proceder a la marcha, de lo cual advirtió a los de dentro.

—¡Sujétense! ¡Vamos a partir!

Pulsó la palanca, mientras los otros bólidos enemigos habían formado ya la barrera para cortar el paso de Loto.

—Todos listos —dijo Wikey—. ¿Se encuentra bien?

No hubo respuesta, porque los miembros del piloto comenzaban a agarrotarse, víctima de su esfuerzo.

Sabía que una vez más tendría que sortear a sus enemigos y trató de hacerlo, pero los ojos se le cerraban por el cansancio. La muralla le pareció infranqueable, y sin poderlo remediar dio una cabezada.

—¡Loto! ¡Loto! —gritó la muchacha a través de su transmisor.

El la oía, pero aquel estado de laxitud se apoderaba de él cada vez con mayor fuerza.

Sus enemigos formaban una masa compacta en torno suyo.

—¡Loto! ¡Contesta! —insistió la muchacha.

El piloto había dejado caer la cabeza hacia delante.

—¡Utilizaré uno de los prototipos de emergencia! Denme los medicamentos precisos...

—Usted no puede, Alda. El se lo prohibió —advirtió Wikey.

—Déjenme a mí —dijo el piloto que les había llevado—. Alguien tiene que hacerlo, y yo sé cómo manejar los prototipos.

—No podrá cruzar por delante de los bólidos —advirtió ella.

—Menos podría hacerlo usted.

—Escuche, yo puedo intentar entretenerles transmitiéndoles un mensaje a través de las ondas cerebrales. Esto es algo que nadie de

ustedes puede intentar siquiera… En último caso intentaré atraerles, entonces cualquiera de ustedes puede intentar aproximarse con otro prototipo.

Parecía la única solución y Loto ya no estaba en condiciones para dar su consentimiento.

* * *

Todo estaba ya dispuesto, pero entretanto había sucedido algo. Porque la nave de Loto, sin ningún control, había dejado ya de ejercer su poder, y las mutaciones «sabían» que dentro del laboratorio encontrarían materia suficiente para sus experimentos.

—¡Preparada! —dijo Alda, con la escafandra cubriéndole la cabeza.

Se sentó en el prototipo individual. El piloto estaba preparado tras ella para actuar si el caso lo requiriese.

Wikey dio la orden de abrir la puerta.

Nadie advirtió la presencia de una sombra indefinida portadora de uno de aquellos tubos característicos.

La puerta metálica de cierre hermético se descorrió. Apenas apareció el hueco, brilló el tubo.

Alda advirtió el peligro antes de verlo con sus propios ojos.

—¡No! —gritó, tratando de ejercer todo el poder de sus ondas cerebrales.

—¡Aaag! —gritó el joven piloto, al tiempo que quedaba absolutamente inmóvil a consecuencia de aquel tubo surgido del cañón.

—¡No! —volvió a gritar ella transmitiendo un mensaje.

Entonces la sombra se materializó, y Wikey y varios de los que estaban con él quedaron como paralizados, pero esta vez de pavor.

Una de las mutaciones estaba allí. Se había hecho visible, aunque sólo fuese por efectos de la luz.

—No es posible… Nunca… Nunca había supuesto que pudiera existir algo semejante —murmuró Wikey.

Momentáneamente Alda parecía seguir dominando la situación, pero ella también mostraba su asombro por aquella visión realmente repugnante.

Lo que estaba allí, aquella «cosa» era algo indescriptible…

CAPITULO XX

Otra mutación apareció junto a la primera, a la que se añadió una más y entre las tres bloqueaban la entrada.

De aspecto casi transparente, debido a la materia viscosa de sus cuerpos, cada uno de aquellos seres poseían una especie de cabeza en forma descomunal, pero formando únicamente media esfera de la que pendían una especie de tentáculos que se movían constantemente. Por debajo de esa esfera aparecía un hueco. El cuerpo, propiamente dicho, era delgado y carecía de pies.

La forma más concreta por su apariencia podía compararse a un hongo o a una medusa. La materia viscosa y casi transparente daba mayor aspecto a la última comparación.

La traslucidez de esos seres era lo que al piloto le había impedido verles a través del cristal opaco.

Pero la situación seguía siendo la misma, y Alda, a través de las ondas cerebrales, había conseguido mantener a distancia a sus tres enemigos.

Lo que le transmitía era lo único que, por alguna razón, había hecho dudar a aquellos seres transmutados para el mal.

«El es el sucesor de War. Nada podréis contra él. Alejaos y os dejará libres, pero si os empeñáis en aniquilarle descargará su ira contra vosotros. Lo sabéis… Sabéis que es superior… War le ha transmitido el poder…»

¿Era acaso el miedo a War su auténtico punto débil?

Una de las mutaciones se movió como si quisiera desprenderse de la posible influencia de Alda.

En aquel instante el piloto recobró el movimiento. La escasa materia arrojada por el tubo había perdido ya su efecto, y el joven comprendió que había llegado el momento de entrar en acción. Colocó la escafandra sobre el bólido y se dispuso a salir por entre aquellos seres repelentes.

—¡Quietos! ¡Quietos! Pensad en War… Sigue siendo vuestro creador. Pensad en War —insistía ella.

Las mutaciones, a las que se habían añadido otras más, seguían inmóviles, pero su actitud amenazante se hacía patente con el continuo movimiento de sus tentáculos. De un momento a otro podría comenzar el ataque...

El piloto había conseguido eludirlos mientras parecían meditar el mensaje de Alda.

El joven piloto que iba en ayuda de Loto portando los medicamentos necesarios para que recuperara el vigor, observó los bólidos que las mutaciones habían abandonado sobre el techo del laboratorio. Tuvo una idea... Si conseguía uno de aquellos artefactos...

Desvió su ruta para aproximarse a una de las naves abandonadas por las mutaciones.

Apenas lo hubo hecho, otro de los bólidos se volvió hacia él.

Atentos al esfuerzo cerebral de Alda, nadie supo lo que ocurría en la parte superior hasta que escucharon el grito del joven piloto.

El ocupante del bólido que había advertido la presencia del intruso surgió de la nave y apuntó hacia él el tubo paralizador, aquella vez el chorro de humo fue el suficiente para abatirlo. Seguidamente, flotando en el espacio la mutación, fue a por el cuerpo del piloto para llevarlo a su nave, con la que desapareció rápidamente.

—¡Es Lanco! ¡El piloto! —gritó uno de los científicos.

—Se lo llevan —musitó el doctor.

Wikey comprendió lo que hacían con ellos.

—Es horrible. Los convierten en seres como ellos. En realidad estamos ante... ¡Oh, no! ¡Es espantoso! Nuestros enemigos son los mismos que desaparecieron... Los científicos..., los soldados y el ayudante de Loto. ¡Son ellos! Los convierten en esto, les inculcan sus ideas y se lanzan contra nosotros. ¡Espantoso! ¡Terriblemente espantoso!

La intervención de Wikey produjo un lapso en la onda cerebral de Alda, y por un momento las mutaciones, que habían aumentado en número abandonando sus bólidos, mostraron amenazadores su correspondiente tubo metálico.

—¡No, no! —gritó ella, temerosa de haber perdido -su influjo.

Con un extraño y mareante vaivén, las extrañas medusas

retrocedieron.

—Voy a salir —dijo en voz alta y transmitiendo al mismo tiempo —. ¿Lo oís? Voy a reunirme con el dueño de la nave más poderosa... Y vosotros no haréis nada o pereceréis...

Hubo un nuevo movimiento de retroceso mientras la muchacha, dando una vez más pruebas de valentía, avanzaba montada en el prototipo, camino de la parte delantera del laboratorio donde seguía inmóvil la nave de Loto.

Eran momentos de angustia.

Cualquier fallo significaría el final para todos...

Ahora ya la mayoría de las mutaciones habían salido de sus naves. Sabían que su conductor ya no era un obstáculo, ni su influencia les atraía. Su objetivo principal era conseguir sus presas. Y las presas eran los supervivientes.

Alda se abrió camino entre aquellas formas que se hacían a un lado influenciadas por sus ondas.

El peligro persistía. La más leve vacilación y...

Loto, en su semiinconsciencia, abrió los ojos. La lucha que sostenía consigo mismo para seguir adelante le mantenía en espíritu, aunque no podía hacer nada por sí mismo.

La visión de Alda entre aquellas formas le hizo volver a la realidad. Una realidad entre las brumas del sueño y la fatiga, pero no por ello dejó de comprender la gravedad del peligro.

Se repuso ante la repugnante visión y con un tremendo esfuerzo intentó abrir la puerta. Ella iba hacia él, con el temor al fracaso.

La voluntad del piloto le permitió culminar aquel supremo esfuerzo y consiguió pulsar la palanca e incorporarse para recibir a la muchacha.

Ella desvió su atención al ver moverse a Loto. Ins- tintivamente las mutaciones intentaron impedirle el paso, pero el piloto tendía ya las manos hacia ella.

—¡Fuera! —gritó el hombre.

Tiró de ella y cayeron los dos dentro de la nave. Fue Alda quien cerró, aprisionando uno de aquellos repelentes tentáculos portadores

de un tubo paralizador.

La «cosa» soltó una repugnante baba y la escasa materia que había quedado cortada dentro de la nave se derritió rápidamente. Lo único que quedó fue el tubo.

A través del bólido pudieron ver cómo la mutación se perdía en los abismos espaciales derritiéndose.

—Toma... Lo que necesitas —murmuró ella, ofreciéndole una caja con tabletas reconstituyentes. Era el alimento que él precisaba, un alimento que aún tardaría en hacer su efecto y aquello podía ser fatal para los ocupantes del laboratorio.

—Alda... Su punto flaco —balbució él—. Creo que ya lo tengo... Corta la fuerza de atracción. Córtala.

Ella no comprendía.

A él le faltaban las fuerzas, pero su cerebro podía coordinar y creía haber dado con la verdad.

Alda dejó libre el laboratorio.

—La palanca... Hay que embestirlos cuando están fuera de la nave. Este... Este es su punto vulnerable. Un simple golpe puede serles letal... No pueden vivir mucho tiempo fuera del bólido.

Otro esfuerzo y Loto puso en movimiento el bólido.

—Comprendo, Loto... Yo te ayudaré.

Eran los dos quienes embestían a las formas que pretendían entrar en el laboratorio, pero la presencia de la nave de Loto en movimiento detuvo sus intenciones asesinas. Ahora las formas viscosas y repugnantes sin protección estaban a merced de Loto y de su compañera.

Sólo tenían una opción: ¡huir!

—Tenías razón, Loto —exclamó ella.

Flotando por el espacio, las mutaciones se alejaron, confundiéndose por su transparencia.

Loto, cada vez en mejores condiciones, prosiguió su persecución.

—¡Mira! —indicó ella señalando el exterior.

Partículas translúcidas se estaban derritiendo.

—¡Se descomponen…! —adivinó el piloto—. Eso quiere decir que ya no debemos preocuparnos por ellos.

Las naves flotaban en el espacio. No había quedado ni una sola mutación en derredor del laboratorio.

—Recojamos las que podamos —dijo Loto señalando las naves—. Tal vez donde vamos nos harán falta.

—Sí. Tienes razón —corroboró ella.

EPILOGO

La nave de Loto, llevando consigo a Alda, se aproximaba al nuevo habitáculo. A la Tierra de Promisión Espacial cuya ruta había indicado War. Los datos que obtuvieron a través de la pantalla permitían advertir la completa destrucción de todo un mundo. Una civilización entera se había aniquilado a sí misma.

—El deseo de War es que la sociedad que construyamos sea perfecta. En nuestra mano está el lograrlo, pero..., ¿y las generaciones venideras? —comentó Loto.

Ella manipulaba la computadora de datos.

—Mira... Aquí dice la data de la destrucción de este planeta... No lo entiendo muy bien... «Año 2031». ¿Qué significa esto?

—No lo sé. Pero pensaba en War... ¿Quién es realmente el profesor War?

—Alguien excepcional. Creo que siempre hemos estado bajo su protección —repuso ella. Luego añadió—: Yo conocía las peculiaridades de su nave. De esta nave que en realidad deseó que llegara a tus manos... Temí por ti porque pensé que las mutaciones hubieran podido descubrir la forma de neutralizar su invulnerabilidad, pero no fue así, y eso demuestra que War es alguien superior a todos.

—War... —repitió él—. Jamás utilizó la violencia, sólo poseía armas para protegerse, nunca para atacar, y su único afán era el estudio... Si todos fuésemos como él...

—Está en nuestras manos serlo, Loto. No desear el mal a nadie, ni embriagarse con el poder... Mira, estamos ya en nuestro nuevo Mundo...

Suavemente, el laboratorio se había posado sobre una zona arenosa. Cerca, abundaban los cascotes retorcidos, restos de una civilización de cierta importancia.

Los supervivientes descendieron del laboratorio y avanzaron por la inmensa explanada.

Wikey descubrió algo insólito.

—Agua... Es un océano... Un océano auténtico... ¿Cómo se

llamaba este planeta?

En la pantalla de la nave seguía reflejado el informe:

«Año 2031»

Y un segundo apunte añadía:

«Siglo XXI»

El médico se inclinó entre los cascotes y hurgando descubrió algo totalmente desconocido para él.

Era un raíl. Un raíl de ferrocarril. Más allá estaba el otro que corría paralelo.

Otro llevaba restos de un plafón metálico con una inscripción desconocida.

Loto se aproximó y preguntó:

—¿Qué es esto?

—No lo sé —respondió el otro, y leyó: «Nice».

El mar era azul y el día radiante. Parecía imposible que en un lugar de tanta belleza hubiera podido existir tanto odio como para que sus habitantes llegaran hasta la destrucción total.

Loto y Alda se alejaron por la playa. El piloto tiró aquel letrero incomprensible: «Nice».

El suave airecillo hizo revolotear una cartulina chamuscada y amarillenta que llevaba una inscripción:

«S.N.C.F. 12-4-2031

Trayecto: Lyon-Nice

Km 576

Billete valedero para el día de la fecha» (1[1])

Pero, ¿quién podía saber el significado de aquellas palabras? Todo era nuevo para los recién llegados.

—¿Cómo debió llamarse este planeta? —murmuró Alda, cogida del brazo de Loto, mientras seguían caminando sobre la fina arena a la orilla del mar que acariciaba sus pies.

—Ni idea —sonrió él—. Pero es hermoso. Muy hermoso.

FIN



(1) *S.N.C.F.: Société National du Chemin de Fer.*